

BOLETIN

DEL

INSTITUTO DUARTIANO



AÑO XII - ENERO 1986 - No. 19

SANTO DOMINGO
República Dominicana

June B. Fr

El Instituto Duarte se dedica al estudio y difusión del Padre de la Patria Juan Pablo Duarte y de cuantos temas interesan a la historia de la República Dominicana.

La intención del Instituto Duarte no se agota, sin embargo, en la muy importante finalidad de buscar y ofrecer conocimientos históricos.

Siendo la vida de Juan Pablo Duarte un ejemplo de virtud ciudadana en grado heroico y de entrega al ideal de patria libre con justicia, el Instituto Duarte persigue también, al divulgar al ilustre patricio, el progreso cívico y el perfeccionamiento moral del pueblo dominicano.



**"El Sueño de Duarte" Oleo de Lisito Desangles (Detalle)
Restauración efectuada por taller Restauración Patrimonio Cultural**

INDICE

Necrología de Carlos Federico Pérez.....	5
Oración fúnebre en la tumba del doctor Federico Pérez y Pérez .	
Por Manuel de Jesús Goico Castro	9
Juan Pablo Duarte y Vicente Celestino Duarte su concepto de la amistad	17
Por el Dr. Eligio Mella Jiménez. Vicente Celestino Duarte - El Héroe Ignorado	
Por el Dr. Eligio Mella Jiménez.	23
Datos nuevos para la historia de la República Por: Pedro Troncoso Sánchez.	37
Los apuros de un padre de la Patria Por Federico Henríquez Grateraux	41
Juan Pablo Duarte como dominicano ausente	51
Las enseñanzas cívicas de Duarte Por Enriquez Patín Veloz	71
Discurso de ingreso al Instituto Duartiano, La Gesta de la Independencia Nacional y su Creador Juan Pablo Duarte	
Por Frank A. Roca F.	77
Bibliografía	100
Juan Pablo Duarte	103
Por Dr. Víctor Manuel Soñé Uribe Mes Duartiano de las Bellas Artes	107
Por Manuel Marino Miniño Marión - Landais Prólogo a Roma libre	108
Por Manuel Marino Miniño Marión - Landais	

Dos composiciones musicales con textos de Juan Pablo Duarte	113
Por Manuel Marino Miniño Marión Landais. Instituto Duarteano	
Nota informativa	121

CONTENIDO

1	Historia del Instituto Duarteano
2	Objetivos del Instituto Duarteano
3	El Instituto Duarteano y el Estado Dominicano
4	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
5	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
6	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
7	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
8	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
9	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
10	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
11	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
12	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
13	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
14	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
15	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
16	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
17	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
18	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
19	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
20	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
21	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
22	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
23	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
24	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
25	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
26	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
27	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
28	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
29	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
30	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
31	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
32	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
33	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
34	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
35	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
36	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
37	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
38	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
39	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
40	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
41	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
42	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
43	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
44	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
45	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
46	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
47	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
48	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
49	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
50	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
51	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
52	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
53	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
54	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
55	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
56	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
57	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
58	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
59	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
60	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
61	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
62	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
63	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
64	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
65	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
66	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
67	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
68	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
69	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
70	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
71	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
72	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
73	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
74	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
75	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
76	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
77	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
78	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
79	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
80	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
81	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
82	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
83	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
84	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
85	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
86	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
87	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
88	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
89	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
90	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
91	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
92	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
93	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
94	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
95	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
96	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
97	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial
98	El Instituto Duarteano y el Poder Ejecutivo
99	El Instituto Duarteano y el Poder Legislativo
100	El Instituto Duarteano y el Poder Judicial

NECROLOGIA

Carlos Federico Pérez

(n. el 26 de marzo de 1912, m. el 26 de septiembre de 1984)

Muerte inesperada, inoportuna y hondamente deplorada la del Dr. Carlos Federico Pérez y Pérez. Apenas cuando la excelencia de sus cualidades morales e intelectuales, y su obra duartista, lo hicieron merecedor de ser elegido Presidente del Instituto Duartiano, termina la vida de ese ciudadano que sólo se movió para el fructífero trabajo intelectual en el libro y en la cátedra; que en el discurrir de su existencia sólo ejemplos de decencia y bondad dejó en los ambientes universitarios, en la intimidad de la familia, en el círculo de sus amistades, y en los medios extranjeros donde ostentó la representación de la República.

Ciertamente excelentes fueron sus morales atributos desde cuando, todavía muy joven, de 21 años, perdió a su ilustre padre, Armando Pérez Perdomo, y se vió obligado a convertirse en un estudiante que al mismo tiempo trabajaba para sostener a su madre y hermanas. Este destino no fue obstáculo, como lo es en tantos otros, a que continuara estudiando y a responder a su vocación creadora en los ámbitos de la historia, la crítica y

la literatura. Superando la adversidad, llegó a ser maestro en la cátedra y en la tribuna y un ciudadano eminente que enalteció altas funciones en momentos difíciles y además levantó el nombre dominicano fuera del país.

En 1941 figuró entre los primeros en inscribirse en la recién creada Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo -oportunidad en que me cupo la honra de ser su profesor- y alcanzó con honores el Doctorado en 1946 con la presentación de una tesis sobre el costumbrismo como expresión literaria dominicana, calificada de sobresaliente. En la misma época ganó el Premio "Arístides Fiallo Cabral" con su ensayo "Sobre el sentido de la Naturaleza en la novela hispanoamericana". Su sobresaliente aplicación le valió pronto ser recomendado para un cargo docente en la misma Facultad, en la que desde 1948 enseñó disciplinas literarias. En 1965 lo vemos formando parte del grupo de profesores que fundó la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, institución donde continuó su labor docente al tiempo que organizaba y dirigía la "Escuela de Servicios Internacionales" y el Departamento Editorial. La aureola ganada por su personalidad fué determinante para que ocupara el cargo de Secretario de Estado de Relaciones Exteriores en el gobierno del Dr. Héctor García Godoy en uno de los momentos más dramáticos de nuestra historia republicana. Siempre en el servicio exterior de la nación desempeñó misiones diplomáticas en la Argentina, el Japón y México.

Digno nieto, por la línea materna, del eximio poeta José Joaquín Pérez, amaba y cultivaba las artes literarias y fue a la vez un agudo crítico. De 1966 son sus celebrados artículos "Progreso vs. Historia" y "Dimensiones Universales del Sermón de Montesinos". Dueño de un estilo pulcro, elegante y conceptuoso, sus virtudes intelectuales influyeron para ser elegido Individuo de Número y más tarde Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, cargo que ocupó hasta su muerte, mientras por otro lado sus prendas morales y su dedicación al estudio del primero de los Padres de la Patria lo llevan al seno del Instituto Duarte, cuya presidencia ocupó para el período 1983-1986, que interrumpió su lamentable deceso.

Carlos Federíco Pérez y Pérez ha muerto de 72 años y ha dejado obras en los campos de la historia, la literatura y la crítica, reflejos todos de sus múltiples inquietudes intelectuales. En los Juegos Florales celebrados por la Casa de España en 1947 su estudio acerca de la cultura hispánica ganó el Primer Premio Nacional de Ensayo. En 1956 le fué otorgado el Premio Nacional de Literatura a su obra, de gran aliento, "Evolución Poética Dominicana", la cual partiendo de las más antiguas producciones del siglo XVI culmina en el exámen crítico del post-Modernismo del presente siglo. Tanto este libro como su obra crítica "La experiencia de Martín Fierro", en que tipifica la expresión literaria hispanoamericana, fueron editados en Buenos Aires. También "La Obra Poética de José Joaquín Pérez" en que presenta metódicamente la poesía de su ilustre abuelo.

Otra obra suya de gran envergadura es su "Historia Diplomática de Santo Domingo" publicada en 1973. En ella estudia con agudeza las relaciones exteriores del país desde los tiempos coloniales hasta el período de la Anexión, capítulo este último en que por primera vez se enfoca en el marco de la diplomacia las gestiones realizadas por Duarte en Sud-América en favor de la restauración de la República.

Dos obras dejó escritas Carlos Federíco Pérez acerca del lugar preeminente y decisivo que ocupa Juan Pablo Duarte en la historia dominicana. La una "Duarte, Ideal y Realidad", editada por el Instituto Duartiano en 1968 (reeditada en 1972); y la otra "Pensamiento y Acción en la Vida de Juan Pablo Duarte", que fué galardonada con el Primer Premio del Concurso realizado por la Organización de Estados Americanos en ocasión del Centenario de la muerte del Patricio en 1976. En ambas obras destaca el sentido predominantemente pedagógico de las luchas de Duarte ya que señala que si bien triunfó el movimiento de independencia iniciado por el Fundador, sus posteriores esfuerzos y sacrificios para que los dominicanos fuéramos "libres, felices, independientes y tranquilos" se perfilan como ejemplos orientadores dejados a las sucesivas generaciones, y no como hechos que tienen el significado de acciones victoriosas. Es además notable la tesis de Pérez cuando rechaza el calificativo

de "golpe de Estado" dado al movimiento rectificador del 9 de junio de 1844, dirigido por Duarte, y en cambio sostiene que muy al contrario fué una acción encaminada a evitar un golpe de Estado anti-nacional que con la complicidad del Cónsul francés Juchereau de St. Denys tramaban Santana y Bobadilla.

En el aspecto puramente literario, Carlos Federíco Pérez ha dejado dos novelas que lo ponen al lado de Tulio M. Cestero como novelista de la ciudad de Santo Domingo. Producciones que hubiera sido seguidas de una tercera novela que su inoportuna muerte le impidió terminar. Son "Juan, Mientras la Ciudad Crecía" y "La Ciudad Herida", en que desenvuelve una trama tejida en la historia dominicana de los primeros 30 años de este siglo.

La terminación de una vida tan ejemplar y fructífera, y tan ligada a los afanes del Instituto Duartiano, como la de Carlos Federico Pérez y Pérez ha tenido que sentirse en el seno de esta institución como un desgarrador vacío difícil de llenar. El Instituto Duartiano ha quedado sin duda empobrecido con la falta de su presencia personal pero al menos puede aprovechar el precedente por él sentado en el sentido de que la finalidad esencial de la agrupación es mantener vivo y operante el estudio y difusión de la vida del Patricio como factor educativo de primer orden en la formación de la conciencia ciudadana.

Identificado con el dolor de la familia, el Instituto Duartiano se une a ella en el culto de su memoria al tiempo que graba en sus Anales, como página brillante, el recuerdo estimulador del Dr. Carlos Federico Pérez y Pérez.

Pedro Troncoso Sánchez

ORACION FUNEBRE EN LA TUMBA DEL DOCTOR CARLOS FEDERICO PEREZ Y PEREZ

Manuel de Jesús Goico castro

En estos momentos dejamos en la tumba a un dominicano ilustre, a un hombre sabio y bueno, a un hombre que forjó para su patria con una espléndida obra literaria una imagen resplandeciente de perfección y amor.

Estamos conscientes de que no podremos dialogar en este mundo con el cuerpo inerte que devolvemos hoy a la madre tierra, pero con su espíritu continuaremos el diálogo en sus obras cada vez que querramos una respuesta luminosa; porque su obra, como eterna fuente de luz, queda con nosotros.

Las obras publicadas por el doctor Carlos Federico Pérez y Pérez han merecido favorables enjuiciamientos y ponderaciones muy valederas de la crítica nacional y extranjera. Su personalidad como escritor se ha empujado por encima de los horizontes del lar nativo y ha adquirido los perfiles de ser un escritor de su tiempo proyectado al Continente desde esta parcela primigenia de la hispanidad. Sus lauros nos enorgullecen como dominicanos y como escritores de su generación.

¡Qué difícil resulta exponer un criterio acerca de cuál es

su obra señera! Como historiador me inclino a proclamar como su libro más notable su Historia Diplomática Dominicana, obra en tres tomos, de la cual tiene publicado el primero. Ante esta afirmación observo el laudo de la crítica continental conquistado por su medular estudio histórico *El pensamiento y la acción en la vida de Juan Pablo Duarte*. Sus novelas *Juan, mientras la ciudad crecía* y *La ciudad herida*, ocupan sitio preponderante en la novelística americana de los últimos tiempos, si ponderamos la pureza del lenguaje, la dignidad y el aticismo de la argumentación, y por virtud que compendían, con resplandeciente espiritualidad, episodios reales y palpitantes del alma dominicana con el mismo espíritu nacionalista que cobró vigor en la temática que desde su torre de marfil en La Vega moviera la pluma de Federico García Godoy en las primeras décadas del siglo XX, en sus novelas *Rufinito*, *Guanuma* y *El Derrumbe*.

El crítico literario luce con solidez y certera ponderación en *La Evolución Poética Dominicana*; el ensayista se perfila en toda su dimensión en *La experiencia de Martín Fierro* y *El sentido de la Naturaleza en la novela americana* y el admirador reverente de la Madre Patria cobra brillo y señorío en su estudio intitulado *Sobre cultura hispánica*.

Preside en su ánimo y en su espíritu selecto esa pasión o virtud preclara, dentro de los moldes clásicos, de fijar con todo su rigorismo conceptual el brillo y el esplendor de la lengua.

Sin arrogancias y sin alardes era dueño de una prosa limpia, prosa en que se vinculan, con la habilidad de los orfebres que lustran los diamantes y enhebran las perlas de los collares de las reinas, los giros que dieron donosura al estilo de aquellos varones connotados que con la mayor naturalidad e ingenio contribuyeron a crear un siglo de oro en las letras españolas.

Su purismo no luce añejo e irreductible, a usanza de adustos primates del buen decir, sino que la forma con que estructura sus ensayos literarios y sus estudios históricos ostentan un sello de modernidad y de permanente evolución, del aura redentora que es norma de los que aspiran a sostener "la guardia en alto", esclavizados al deber de mantener la pureza y la grandeza del idioma en el presente y a proyectarlo a lo porvenir, sin remi-

niscencias de usos arcaicos y a la par tan antiguos que pudiera dar paso al anquilosamiento de una lengua que nunca debe permanecer "dormida en sus laureles," sino estar despierta, vibrante, audaz, a tono con las conquistas que dan vigorosos perfiles a la civilización contemporánea.

Carlos Federico Pérez y Pérez tenía por delante muchas cosas que hacer para enriquecer el acervo de las letras nacionales, en virtud de que estaba en posesión de facultades excepcionales como escritor en plena madurez, dotado de portentosa erudición y de un estilo dúctil y sobrio para perpetuar en libros su lúcido pensamiento y la sabiduría de sus concepciones como hombre de letras en el vasto campo de las investigaciones historias y de la disquisiciones filosóficas. Era uno de los escritores dominicanos contemporáneos de prosa más densa y vasta ilustración.

Esta tumba se convierte desde hoy en una patrimonio nacional porque aquí están los restos mortales de Carlos Federico Pérez y Pérez, ciudadano eminente que supo honrar a la República en todas las posiciones gubernamentales y privadas que le tocó desempeñar. Tuvo la gallardía de revestir de realce y de dignidad la diplomacia y las letras patrias, como lo han hecho también otros dominicanos de su talla excepcional en diversas latitudes del mundo en la carrera diplomática: Manuel Arturo Peña Batlle, Max Henríquez Ureña, Virgilio Díaz Ordóñez, Emilio Rodríguez Demorizi, Pedro Troncoso Sánchez, Porfirio Herrera Báez, Horacio Vicioso Soto, Juan M. Contín, Armando Oscar Pacheco, Enrique de Marchena, Minerva Bernardino, Federico Smester, Rubén Suro, Telésforo R. Calderón, Jesús María Troncoso, Gustavo Gómez Ceara, Salvador Ortíz, José Angel Saviñón, y otros no menos ilustres.

En todas las facetas de su vida fue un hombre cabal que grabó su nombre en el mármol y en el bronce de la historia con signos imperecederos.

Como Pedro Henríquez Ureña, en su juventud culminó la poesía. Ahí están sus sonetos alejandrinos y sus poemas en metros modernistas y libres en la revista *Bahoruco* y en otras publicaciones de las décadas del treinta y del cuarenta.

Ejerció el periodismo y la crítica literaria con ingenio y nobleza. Manejó con acierto la temática narrativa.

Las voces de los personajes de sus cuentos y de sus novelas continuarán un vivo diálogo con nosotros. Son personajes a los que Carlos Federico Pérez y Pérez les insufló vida eterna.

En torno a esta tumba, bajo los cielos agujereados de estrellas de las tropicales noches dominicanas, podrá contemplarse el resplandor que vislumbró Darío sobre la tumba de Verlaine. Acaso tres grandes luceros resplandecientes dirigirán "su mansa y compasiva luz" hacia este recinto.

En esas tres estrellas estarán vigilantes los espíritus de Juan Pablo Duarte, de José Joaquín Pérez y de Virgilio Díaz Ordóñez, quienes desde lo alto del cielo bendecirán esta tumba. Fué Carlos Federico Pérez y Pérez uno de los más grandes apologistas del Padre de la Patria y fundador de la nacionalidad; de su abuelo José Joaquín Pérez y de su padre espiritual, orientador, hermano y Maestro Virgilio Díaz Ordóñez. Fue Pérez y Pérez excelente exégeta biógrafo y difundidor de sus obras poéticas. "Los muertos que hemos amado han desaparecido, pero en algún lugar del infinito estarán esperándonos con sus brazos abiertos," dijo un preclaro orador sagrado.

Desde hoy, los tres unidos a Carlos Federico Pérez y Pérez, comenzarán a orar en las esferas siderales de la inmortalidad por el destino de "esta patria de los héroes y los mártires, donde siempre seca lágrimas el sol". Esta Patria del Baluarte y de Capotillo donde ahora nos aprestamos a librar una tercera batalla por la supervivencia de la tradición, de la lengua y de la cultura, que como su más sagrada herencia legó España a su primigenia posesión en el Nuevo Mundo.

A estos valores de la tradición, de la lengua y de la cultura hispánicas, a cuya destrucción marchan, "sin prisa pero sin pausa", factores, negativos poderosos, -pero no invencibles-, opondremos el coraje espartano que nos caracteriza en el concierto de los pueblos libres del mundo.

Hagamos todos un juramento frente a esta tumba para ratificar el compromiso de defender a esta patria que él tanto amó; a defender los principios de la cultura y de sus tradiciones

como él los defendió, con una total entrega inspirada por el más sacrosanto patriotismo duartiano.

Tanto como un busto o la perpetuación de su nombre en una calle de una idolatrada ciudad de Santo Domingo, será la publicación de sus obras inéditas, -forjadas por su fecundo y luminoso poder creativo y por la gallardía de su bien cortada pluma de castizo estilista-, el mejor homenaje a su memoria.

Desde hoy un inapelable designio del destino, como es la presencia de Su Majestad la Muerte, nos privará de su patriarcal sonrisa, de su innata modestia, de su profunda sabiduría y de su excepcional bondad de santo laico; pero por fortuna queda ante nuestros ojos la presencia iluminadora de su obra literaria.

Adios, compatriota, compadre y colega Carlos Federico Pérez y Pérez, Dios quiera que alguna vez volvamos a encontrarnos, en algún recodo del infinito, para coser los hilos de este diálogo que ahora rompemos con un broche de silencio.

DÍA DE DUARTE

El Instituto Duartiano conmemoró el pasado 26 de enero el Día de Duarte, con la ya tradicional misa en la iglesia de Santa Bárbara, la cual fue oficiada por Monseñor Nicolás de Jesús López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo, Primado de América. En la ocasión su excelencia reverendísima leyó una homilía altamente significativa, donde puso de manifiesto, entre las virtudes del patricio, su acendrado espíritu cristiano.

El ciudadano Presidente de la República, Dr. Salvador Jorge Blanco, estuvo presente en la misa al Padre de la Patria, junto a nutridas representaciones civiles y militares, así como los miembros del Instituto Duartiano encabezado por su Presidente Dr. Antonio Frías Gálvez.

Buena parte de la concurrencia se trasladó luego de la ceremonia religiosa a la Casa de Duarte y desde allí a la Plaza Duarte ante cuya estatua el Instituto hizo su acostumbrada ofrenda floral. El presidente del Instituto, Dr. Antonio Frías Gálvez, evocó consentidas palabras la vida y la actuación procerca del Padre de la Patria.

NOTA DE PRENSA

Como parte de sus actos en ocasión de celebrarse hoy día 26 de enero la fecha natalicia del Fundador de la República, Juan Pablo Duarte, el Instituto Duartiano designó en su última sesión al doctor Virgilio Hoepelman como su Delegado en la ciudad de Nueva York, para ofrecer una conferencia con el tema "Juan Pablo Duarte como dominicano ausente."

El Club Juan Pablo Duarte, Inc. de esa urbe estadounidense, había invitado al Instituto para que asistiese a la Cena Duartiana que se celebrará mañana domingo en la Casa Cultural de España, como culminación de la Semana del 20 al 27 de enero, dedicada por dicha entidad, que preside la profesora doña Ana Monción y fue fundada en 1966. La acompañan en la Junta directiva don Juan A. Paulino, Connie Rodríguez, Mohadas Budhai, don Francisco Rodríguez, Dulce Hernández, Mercedes Guichardo, Celeste Frías, don Danilo Rodríguez, don Antonio Da Costa Gómez, Normanda Maldonado; Vocales: Quisqueya Damirón, don José Bodden, don Rafael Corazón, Melba Martínez, Ronalda Maldonado; don Rafael Estévez, don Bienvenido Acevedo, Nelsy Salas; Asesores: don Víctor Liriano, Marina Maldonado, don Manuel Medrano, Dr. Víctor Vargas, Dr. E. Onésimo Guerrero don Julio C. Rodríguez.

JUAN PABLO DUARTE Y VICENTE CELESTINO DUARTE SU CONCEPTO DE LA AMISTAD

Dr. Eligio Mella Jiménez

Juan Pablo Duarte es figura singularísima entre los grandes libertadores de América. Había vivido su niñez bajo el paso abrumador del despotismo y ya adolescente sintió desgarrado su corazón al contemplar la esclavitud de su pueblo, atado a bochornosas cadenas que parecían eternizarse para destruir no sólo su libertad, sino también sus tradiciones culturales y étnicas diferentes. A pesar de la noble resistencia del pueblo dominicano —si ya en esa época se podía llamar así—, la continuación de este estado de cosas, indudablemente que iba creando en un reducido sector social un conformismo pernicioso; aparte de los oportunistas intelectuales o personas a quienes más convenía a sus intereses la continuación de tal estado de cosas, que la independencia de un pueblo noble que sufre bajo el férreo yugo de la más degradante tiranía.

“Los pueblos subyugados por los déspotas son esclavos y los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia”.

Había habido uno que otro intento para sacudirse de la infamia y la vergüenza. El tirano había aplastado con crueldad

desmedida esos atisbos de la libertad. No obstante el sistema haitianizante, el verdadero pueblo logró preservar sus habituales costumbres.

Después de robustecer sus convicciones observando y estudiando cómo vivían naciones extranjeras en las cuales eran usuales regímenes de derecho, viene Duarte a su país lleno de ilusiones y dispuesto al sacrificio, que no otra cosa podía esperar al enfrentar la tiranía de Boyer para lograr la independencia de la Patria. Su clara inteligencia, al conocer el medio social de la época le persuadió de que, como paso previo, era necesario crear conciencia ciudadana en el pueblo, pero antes tenía que preparar el equipo joven que debía auxiliarlo en la ruda empresa. Era maestro por antonomasia. Se hizo rodear por lo más granado de la juventud capitalena e interesó a ésta en estudios que le permitieron ensanchar sus horizontes en ciencias sociales y políticas, pero que pudieran ayudarlo a abrirse paso, tras su meta ideal: la libertad. Necesitaba llevar luz a la conciencia del pueblo, la luz que es la única arma que penetra y no lastima.

Enseñaba con el ejemplo. Enseñaba en la cátedra. Enseñaba con el sacrificio. Era menester que el pueblo tuviera idea clara de lo que es la libertad. Con la tesis de Bolívar en Angostura estaba consciente de que “un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque es más inflexible y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres y no la fuerza, son las columnas de las leyes: que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad.”

Pero, aparte de su vocación apostólica y de su magisterio, Duarte contaba con virtudes excepcionales y entre ellas su sinceridad, su integridad y algo que en mucho contribuyó a la cristalización de su ideal: su concepto de la amistad que debía encontrar correspondencia entre sus amigos y hasta en sus relaciones. De ahí que, buscando ganar partido para su causa, que siempre fue la causa de la dignidad nacional, no rechaza a algunos amigos de infancia y antiguos compañeros febreristas que

después luchan en la acera de enfrente, mediatizando por intereses partidistas, lo que fue norte en la vida de Duarte desde el inicio de su lucha patriótica: lograr una República Dominicana libre, soberana e independiente de toda potencia extranjera. Como elocuente ejemplo valga una parte siquiera del fraternal diálogo epistolar de marzo, abril y mayo de 1865 entre Duarte y su íntimo amigo y condiscipulo don Félix María del Monte, a pesar de su estrecha vinculación que como ideólogo del partido rojo unía a éste último con su jefe Buenaventura Báez, sempiterno anexionista y proditorio personaje de la dignidad nacional. Damos pues primacía a éste revelador documento, antes de hablar de hechos y acontecimientos anteriores relacionados con nuestro tema. Le escribe desde Caracas, con fecha 18; de marzo de 1985:

“Querido amigo: Va a serte tal vez extraño el ver una letra mía, después de tantos años de ausencia; pero no por eso quiero dejar de escribirte estas líneas. Pues si bien dice Young “que cual las flores se cierran a la caída de la tarde así el corazón del hombre en la tarde de su vida”, el mío aún ha permanecido abierto al amor de mi Patria, y a los encantos de la amistad, y hallándome aún dispuesto y como en los primeros días de mi adolescencia, sacrificarlo todo en su ara ¿Qué quieres? Yo habré nacido para no amar sino a esa Patria tan digna de mejor suerte y a sus amigos que son los míos, cuando después de tan amargas pruebas, ni siquiera he pensado en quebrantar mi juramento. Pero terminemos aquí, y conténtate con saber que aun vive el tesorero de la Sociedad Filantrópica, y vive para su Patria, para sus amigos y conocidos...”

Pero hablemos del Duarte que jóven, paradigma de dignidad y nobleza, lucha por la cristalización de su sueño.

Es innegable que en el corazón de los hombres sensibles a las manifestaciones espirituales el concepto de la amistad adquiere categoría de principio inviolable que perdura, no obstante los vaivenes de la vida y las situaciones particulares que accidentalmente puedan presentarse.

Para cimentar los principios patrióticos que dieron por resultado la realización de sus sueños de toda la vida, Duarte obra-

ba como si una original revelación le hubiese persuadido de su destino trascendente. Consiguió primero, crear una estrecha y sincera amistad con los jóvenes con quienes trataba antes de presentarle los planes que de viejo maduraba. Su carisma y su atrayente personalidad, su temperamento conciliador, su probidad y buen juicio merecieron, primero, respeto del grupo de monzalbetes frente al cual fungía como maestro y luego fraternal cariño hasta el extremo de ofrecer algunos su propia vida, en holocausto, cuando pudiera peligrar la del eximio maestro. Así supo Duarte cultivar amistad en todos los que le trataron. Es bien conocida la historia de cuando al llegar Riviere a la ciudad de Santo Domingo el 12 de julio de 1843 Duarte se había ocultado, y al saber Sánchez que se encontraba en San José de Los Llanos, en diligencias revolucionarias, que Duarte estaba en peligro, en precipitado regreso, cruzó el Río Ozama a nado. Al llegar a la casa de los Duarte urgió hablar con el padre de éstos para que le informara donde se ocultaba su hijo y al ver titubear a don Juan José Duarte, pues su paradero era conocido, —estaba en la casa de los Ginebra— Sánchez agitado pensó que el anciano padre dudaba y le dijo: “Don Juan, quiero saber donde está Juan Pablo porque nos liga un juramento sagrado, y es, de por la Patria morir juntos; si usted desconfía de mi le probaré que no soy de los traidores lanzándome con este puñal sobre esas tropas que rodean su casa” -(Apuntes de Rosa Duarte, Pág. No.56).

Otro gesto increíble, pero cierto es el de Juan Isidro Pérez, trinitario, el más adicto a la persona de Duarte, cuando éste después del golpe del 15 de julio estaba preso en Puerto Plata. Para una mejor ilustración acerca de este caso, marcado con visos de leyenda, séanos permitido reproducir algunos párrafos de la pluma maestra del Dr. Pedro Troncoso Sánchez, duartista de robusta convicción y primer presidente de este Instituto. De su obra Juan Pablo Duarte, copiamos: “Hacia el 29 o 30 de agosto está Duarte echado en el camastro que le han proporcionado y llama su atención un rumor en el patio del cuartel. Oye voces agitadas que discuten y se acercan. Le parece reconocer el acento característico de un amigo entrañable. Lo atribuye a

efectos de la calentura. Los gritos continúan y se hacen más claros. Se levanta y se asoma a la ventana” – “¡No puedo creerlo! exclama. Aquel hombre que discute y forcejea es Juan Isidro Pérez; mi querido y noble amigo; el fervoroso trinitario de la divisa amarilla que tantas almas conquistó con su verbo y su ardorosa actuación en las tablas; ¡Como ha podido venir a Puerto Plata! ¡Podrían fusilarlo! ¡Dios lo salve!”.

Ambas son pruebas de lealtad que fueron cultivadas por hombres que han sabido ser seleccionados.

Los anteriores testimonios productos de conducta moral y decoro, dicen el valor y sinceridad de los discípulos, pero también de la incuestionable influencia del maestro que con la atrayente magia de su palabra, sin estridencia, sobria, robustecida por una vida ejemplar a manera de los antiguos sabios de la Grecia milenaria, influía poderosamente en sus relacionados.

Es la natural autoridad de un hombre puro, patriota integérrimo, con absoluto desprendimiento personal, que sólo se preocupa y lucha por la salvación de la Patria y la felicidad de su pueblo. Difícil encontrar igual en las presentes circunstancias cuando, no obstante el creciente florecer de la ciencia y la tecnología, en contraste clásico con la marcada baja de los valores espirituales y morales, así como la mayor preparación académica en los conglomerados humanos, ha traído como consecuencia mayor escepticismo y menos respeto a la vida. Urge en los actuales momentos, tal vez más que en el año 1845, llevar afanosamente, por todos los confines del país, por ciudades, pueblos y campos el ideal Duartiano. Tanto desasosiego, tanta impiedad y desesperanza nos debe orientar hacia la única fórmula que puede paliar en parte nuestros males, que de acuerdo al ideal Duartiano sería: unión, amor y trabajo.

“Cuando un ser humano es pobre en virtudes, la luz de su existencia apenas si ilumina el reducto familiar de su vivir para esfumarse después en la inmensidad obscura y silenciosa del espacio y el tiempo. Pero, en cambio otros seres cuyos fulgores de inteligencia, esplendor de sentimientos y energía creativa de

valiosas aptitudes, empujaban y alumbran el mundo con las fosforescencias de su ser." Prototipo de esa clase de hombres que como un fanal irradiaba luz era Juan Pablo Duarte y con no menos fulgor su hermano Vicente Celestino.

VICENTE CELESTINO DUARTE-EL HEROE IGNORADO

Por El Dr. Eligio Mella Jiménez

Justo es que el acercarse la fecha de la celebración de las fiestas patrias del 27 de Febrero, hagamos un análisis retrospectivo de los hombres y acontecimientos más significativos y resalantes de aquellas heroicas jornadas que nos proporcionaron una patria libre, en donde pese a nuestros frecuentes tropiezos, gozamos de libertad. Uno de esos hombres que merece con justicia se haga un estudio exhaustivo de su amplia labor patriótica, es Vicente Celestino Duarte.

Comprometido con la causa patria desde que Juan Pablo Duarte concibe la idea de la separación, Vicente Celestino Duarte, su hermano mayor, con entusiasmo y dedicación desde el principio, pone toda la fuerza de sus posibilidades económicas de sus relaciones de amistad y el valioso aporte de su moralidad y rectitud de carácter al servicio de la independencia, en un ambiente donde su prestigio se extendía desde la ciudad de Santo Domingo hasta la región oriental del país.

Varios años antes de fundarse la trinitaria, el 16 de julio de 1838, vivía Vicente en San José de Los Llanos. Se dedica al

comercio, con negocio que comenzó primero en el sitio de su residencia, ubicada en la antigua calle Ancha o de las Cruces, más tarde Real y hoy Avenida Duarte, y que fue el viejo camino desde los tiempos de la colonia. El negocio prosperó mucho, y luego en nuevo local amplio, construido al terminar por el este la actual calle Sánchez, que se llamó "El Trueno". La casa de esquina de su residencia, ocupaba un solar con frente principal a la calle Ancha y otro frente a la actual calle San José que para esa época no tenía nombre. Es la esquina suroeste, una de las mejores casas de la villa, y le llamaban la casa de piso, porque en la pequeña aldea algunas humildes viviendas tenían piso de piedra de agua o de fogón y tierra, acondicionados así, para que resplandeciera la limpieza. También le llamaban la casa del mirador, porque un mirador la distinguía de las restantes viviendas. Allí se reunían las personas más influyentes de la comarca para tratar asuntos de trascendencia política, siempre con la presencia de Vicente Celestino Duarte y el Padre Pedro Carrasco Capeller, Cura de la Parroquia, trinitario y hombre muy comprometido con el movimiento separatista. En esa casa se hospedó muchas veces Juan Pablo Duarte, quien desde Santo Domingo convocaba a los que conspiraban en la región del Este para derrocar al despótico régimen haitiano. Preferían encontrarse en San José de Los Llanos, primero, por residir allí los dos ilustres trinitarios mencionados y segundo, por ser un punto más o menos equidistante entre Santo Domingo y El Seybo, en el viejo camino que desde la época de la colonia unía al sur y la región levantina del país.

Fueron muchas la veces según la tradición que Juan Pablo Duarte visitó a San José de Los Llanos. Se veía venir por el camino del oeste, -a un hombre de distinguido talante, sombrero de anchas alas, montado en jamelgo cansón, que entraba al pueblo generalmente al caer la tarde por la calle del camino real y llegaba al patio de la casa de Vicente Celestino, en donde pasaba dos o tres días.

En concilíabulos se crearían discretamente, según testimonio que ha corrido de generación en generación, Juan Pablo y Vicente Celestino, el Padre Carrasco y dos militares que más

tarde debían hacer gala de su valor y patriotismo en las caldeadas tierras del sur, los futuros generales Antonio de Sosa y Bernabé Sandoval. A éstos, agrega el testimonio de Clemente Sosa, al cual nos referimos más adelante, a Facundo Santana, Gautreaux Guirado, Julián de Sosa, Agustín Santana y un tal Camarena. También se advertía en esas ocasiones gente extraña, venida del Este, que a pesar de permanecer dos o tres días en la población, nadie conocía el real motivo de su presencia.

Las continuas visitas de Juan Pablo, hermano menor de Vicente, no tenía nada de extraño. No despertarían sospecha. Vendría a ver sus intereses, porque se decía que el negocio de comercio "El Trueno" era de Vicente, no así los cortes de madera que operaba en Las Cañadas, Juana Lorenza, Guayacanes y la crianza de vacas de La Estrella, al cuidado de Juan Ramírez, eran también de la familia Duarte. Francisco del Rosario Sánchez sería en diversas ocasiones promotor de esas reuniones sin crear suspicacias, porque, frecuentemente debería ir a Los Llanos en diligencias de su oficio de abogado. Nada de particular tendría que uno (Juan Pablo) fuera a inquirir acerca de los intereses de la familia y el otro (Francisco), a cumplir con sus deberes de defensor público.

Pero nuestro propósito en esa ocasión es hacer resaltar en parte una faceta de la vida y la obra de Vicente Celestino Duarte quien después de la fundación de la Trinitaria es de los primeros en comprometerse con la campaña patriótica. Por otra de las circunstancias le toca la responsabilidad de activar el movimiento por el Este, región ésta que desde el principio pareció la más propicia para trabajar, además de los motivos ya expresados, por la relativa facilidad de comunicación, por los antecedentes guerreros de sus habitantes y por su demostrado amor a la libertad. Como ejemplo, ahí está Palo Hincado y el pronunciamiento de Sabana de la Mar por Diego de Lira, en protesta por la ocupación de nuestro territorio por fuerzas haitianas.

Ausente Juan Pablo Duarte por la persecución de las autoridades haitianas en unión de Ramón Mella, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, en opinión de Tejera, Francisco del Rosario Sánchez y Vicente Celestino Duarte siguieron la conspi-

ración y fraguaron un plan para proclamar la República en diciembre de 1843.

Para esta empresa era evidente la formación de dos tendencias perfectamente definidas. Ambas tenían por finalidad la separación de Haití. Los que seguían la política de Juan Pablo Duarte, Padre de la idea, propugnaban por la independencia pura y simple, libre de influencia extranjera que pudiera mediatizar la libertad de los dominicanos, enajenar su territorio o parte del mismo. La otra, poderosa por los elementos de renombre y por la posición económica de los que la integraban, y a cuya cabeza estaba Tomás Bobadilla, era la que trabajaba por la separación de Haití, pero con el premeditado propósito de anexar el país a Francia. Esta era la fundamental diferencia entre los duartistas que se llamaban liberales y los conservadores o anexionistas.

Fue providencial la unión de ambas tendencias aunque sólo fuera para el acto patriótico del 27 de Febrero. De no haber sido así no se hubiera conseguido, sin resistencia, la rendición de los haitianos. En ello tuvo mucho que ver el cónsul francés Eustaquio Juchereau Saint-Denys.

Los afrancesados tenían muchas vinculaciones con dominicanos de poder en el ejército haitiano y entorpecían los movimientos y planes de los duartistas para adelantarse en sus propósitos de acuerdo a su consigna. De aquí surge la histórica carta a Juan Pablo Duarte que con fecha 15 de noviembre de 1843 escriben a Caracas, Francisco del Rosario Sánchez y Vicente Celestino Duarte, urgiéndole ayuda inmediata, con armas para evitar que el bando contrario tomara primero la iniciativa. Algunos de sus párrafos dicen así: "Después de tu salida todas las circunstancias han sido favorables; de modo que sólo nos ha fallado los negocios están en el mismo estado en que tú los dejaste, por lo que los negocios están en el mismo estado que tú los dejaste, por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo dos mil, mil quinientos fusiles, a lo menos, cuatro mil cartuchos, dos o tres mil quintales de pólvora, etc. "Esto conseguido deberás dirigirte al Puerto de Guayacanes"... para ir a esperarte a la costa el 9 de diciembre, o antes, pues es necesario temer la audacia

de un tercer partido...” Juan Pablo, volvemos a repetirte la mayor actividad, a ver si hacemos que diciembre sea memorable”. La expedición debía desembarcar en Guayacanes y pasar a Los Llanos para iniciar la lucha libertadora (Véase Juan Pablo Duarte-Pág. 245-Pedro Troncoso Sánchez). Este no puede salir de Caracas hasta el 15 de diciembre, con la muerte en el corazón, y sostenido sólo por su inquebrantable fe en la providencia. Llega a Curazao el 20 de diciembre donde por carta de su familia se le participa el fallecimiento de su querido padre acaecido el 25 de noviembre próximo pasado.” Y desesperado por no hallar medios para conseguir los pertrechos y armamentos que se le habían solicitado y frente a la imposibilidad de realizar sus proyectos y reunirse con su familia, le escribe “el único medio que encuentro para reunirme con ustedes es independizar la Patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que ustedes de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado. Independizada la patria puedo hacerme cargo del almacén, y a más, heredero del ilimitado crédito de nuestro padre, y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria.”

Juan Pablo siempre encontró en su hermano Vicente el patriota sin dobleces, al mejor y más activo colaborador. Ya cuando se escribe la citada carta del 15 de noviembre, los intereses particulares de Vicente se habían mermado en la labor revolucionaria, tanto en el este, como en la capital. Asimismo el hermano mayor en todas las circunstancias tuvo la más completa y decidida cooperación de su familia. “Sus hermanas y sobrinos, con ayuda de las sirvientas, convirtieron en balas las planchas de plomo que había en el almacén, que era de marina y se necesitaban para los forros de los buques. Los cartuchos que repartió su hermano Vicente en Los Llanos y demás pueblos (excepto El Seybo) fueron fabricados por las manos de los Duarte.”

Convenida la fecha del pronunciamiento en la capital, Vicente y el Padre Carrasco se trasladaron a santo Domingo para

ayudar en los preparativos finales, pero habían dado las instrucciones pertinentes para que el 26 de febrero en horas de la tarde se hiciera el pronunciamiento en San José de Los Llanos, teniendo cuidado de poner al frente de aquel movimiento a Juan Ramírez, hombre serio, que trabajaba para los Duarte en sus negocios de Las Cañas. Dice la tradición que Vicente prefirió a Ramírez por ser de color, descendiente de esclavos, para desvirtuar la creencia de que al lograr la independencia sería restablecida la esclavitud. Ayudó y dictó disposiciones el Coronel Bernabé Sandoval, mientras que el Coronel Antonio de Sosa se movía en la zona rural reclutando hombres que comandados por él y Sandoval, debían unirse a las fuerzas que desde El Seybo traería el General Pedro Santana para reforzar las tropas que en Santo Domingo mantenían dominada la situación, respaldadas indudablemente por los regimientos 31 y 32 formados por dominicanos, que hacía poco tiempo habrían regresado de Haití.

El jefe militar superior de esos contingentes llaneros fue Pedro Santana, pero originalmente obedecían consignas de Vicente Celestino Duarte, del Padre Carrasco Capeller y de los Coroneles Bernabé Sandoval y Antonio de Sosa, militares éstos últimos que comandaron los heroicos batallones llaneros para escribir las más gloriosas epopeyas en los campos del Sur, en donde con bizarría y profundo sentido patriótico muchos ofrendaron sus vidas en Cachimán, Azua y La Estrelleta para afianzar la independencia nacional.

En las campañas bélicas contra las arremetidas de los haitianos y que con valor espartano dirigió el General Pedro Santana, las tropas de San José de Los Llanos casi siempre figuraron como tropas de El Seybo y de ahí el gentilicio de seybanos. Vicente Celestino Duarte es de los primeros en concurrir a la Puerta del Conde la noche del 27 de Febrero; para ocupar su puesto de vanguardia. En su libro Duarte y otros Temas, Pág. 270, dice el Dr. Alcides García Lluberes: "conjuntamente con Bobadilla y su grupo, en que se hallaban Remigio del Castillo y Emilio Parmentier, llegaron Ramón Mella y José Gertrudis Brea con otros, procedentes de la Plaza de la misericordia, que fue estremecida por el disparo convocador del trabuco de Mella,

del noreste de la ciudad se acercaron presurosos Vicente Celestino Duarte y José Joaquín Puello con los dos suyos; y Manuel Jiménez con sus parciales; y Eduardo Abréu, con los sancarleños”.

Entre otras muchas actividades de relieve en aquellos días de confusión, Vicente Celestino Duarte figura en la comisión de la Junta Gubernativa para convenir la “capitulación de la autoridad haitiana”, como se lee en la colección de leyes, decretos y resoluciones de la República Dominicana, tomo primero, estaba constituida en su mayor parte por conservadores. He aquí sus nombres y el orden en que se hallan estos en la hoja suelta que se publicó con dicha capitulación: Caminero, Cabral Bernal, Manuel Aybar, V. Celestino Duarte, Pedro Ramón de Mena, Abréu.” Para esta capitulación sin resistencia desplegó una actividad inusitada el cónsul francés Juchereau Saint-Denys cumpliendo con el ya premeditado plan Levasseur, que habían firmado “siete diputados dominicanos en la Asamblea Constituyente de 1843 (Báez, del Castillo, Abréu, Tejera, Valencia, Díaz Peña, Rojas) el célebre plan que, al otro día 16 de diciembre, entregaron personalmente al cónsul general de Francia en Puerto Príncipe, Monseur Levasseur.”

Este plan como sabemos fue adoptado por la Junta Central Gubernativa el 8 de marzo de 1844. Por eso los dirigentes duaristas recelaban de los anexionistas pero sobre todo Vicente Celestino Duarte, quien “ni siquiera firmó el manifiesto del 16 de enero de 1844. Tampoco lo suscribió su gallardo hijo Enrique Duarte y Villeta.”

Con motivo de la proclamación de Santana por las tropas como jefe supremo del pueblo y por arenga de Abad Alfau en la Plaza de Armas, fue deportado Vicente Celestino Duarte y su hijo Enrique para Estados Unidos. Ese mismo día, 10 de septiembre a las seis de la tarde, Juan Pablo Duarte enfermo se apoyaba en los brazos de éstos para poder andar camino del Puerto. Era deportado para Alemania. Y se inicia el viacrucis de los Duarte, junto con los demás trinitarios que representaban los más puros ideales patrióticos. De Estados Unidos, Vicente Celestino Duarte y su hijo Enrique pasaron a Caracas, Venezuela.

A pesar de su permanente y tesonera labor patriótica

Vicente Celestino Duarte, hombre ilustrado según testimonio de Luperón, quien lo trató íntimamente, no figura en nuestra historia a la altura de Ramón Matías Mella y Francisco del Rosario Sánchez. No ha recibido el sitio que le corresponde por su incansable y ardorosa lucha con motivo de la Independencia. Además, por su noble empeño, cuando ya sexagenario y enfermo, durante la guerra de la Restauración pelea por reivindicar el honor de los dominicanos, con el arma al brazo en combates en el campo de batalla.

Al entrar al país en guerra por Montecristi según comunica Juan Pablo Duarte al gobierno de la Restauración el 28 de marzo de 1864 desde Guayubin, Vicente Celestino quiso que lo asignaran al Este, región conocida por él, en donde sus servicios podrían ser más útiles. La conducción de la campaña en esta región había sido confiada al General Gregorio Luperón. Nada más elocuente que lo que expresa este jefe en su obra "General Luperón, Notas Autobiográficas y Apuntos Históricos", tomo I, página 26, última edición. Habla en tercera persona y refiriéndose a un combate en Los Llanos, dice acerca de Vicente Celestino Duarte que era comisario pagador de la tropa, a quien Luperón, mirando lo comprometido de la situación por la superioridad de la fuerza enemiga, mando retirarse del combate, dada la ancianidad de Duarte; más el ilustre patriota se resistió respondiéndole: "No me retiraré, General, que hay hoy gloria para todos los dominicanos". Acerca de la misma acción de armas acota el Dr. Alcides García Lluberes "se retiró, pues, peleando cuerpo a cuerpo en una sabana tan extensa como lo es la del Guabatico."

Retornó Vicente a Los Llanos. El héroe ignorado viene nuevamente al ambiente acogedor en donde supo cultivar verdaderos afectos. En donde su hombría de bien, su bondad y sus virtudes eran reciprocadas. Sembró amistad y derramó por doquier sinceridad y espíritu de servicio. Y a su regreso, después de apurar en el extranjero el trago amargo del ostracismo, encuentra el cariño y la comprensión de todos los llaneros.

Justo es consignar que en esta actitud no había diferencia entre los que años atrás seguían al General Santana que después

del 27 de febrero de 1844 hizo la vida imposible a la ilustre familia Duarte. Tampoco a los españolizados del momento que por influencia de Santana y apegados a viejas tradiciones apoyaron políticamente la obra de la anexión. Recibía Vicente el respeto de todos y la más alta estima a que era acreedor.

Pero volvamos atrás para reseñar que al acogerse a la amnistía decretada por el Presidente Jimenes, inmediatamente después de su toma de posesión el 8 de septiembre de 1848, Vicente Celestino Darto vuelve a Los Llanos, reinicia sus actividades comerciales e instala otro establecimiento que él llamó el "Gran Trueno." De acuerdo al testimonio de Clemente Sosa a que hemos hecho referencia, que no compromete nuestro aval, pero recogido en forma magistral por el Prof. Georgilio Mella Chavier (Boletín del Instituto Duartiano No.11, enero-junio 1975, Pág. 48) "Santana lo visitó cierta vez en el "Gran Trueno". También después de ese primer regreso del destierro y mientras preparaba casa propia, ocupó una residencia que era de su íntimo amigo el Gral. Antonio Sosa, después anexionista. La comunión de ideales une mucho a los hombres, pero como hemos demostrado, tanto Juan Pablo Duarte como Vicente, tenían un elevado concepto de la amistad y sabían diferenciar las cuestiones atinentes a la política, de las privadas relaciones personales. Por eso ni uno ni otro tomaron parte en política partidista.

"El martirio entre hermanos no ha tenido altares nunca; y es porque la sangre de lucha fratricida no se seca, y sólo da gloria la que se derrama en lucha nacional". Del aludido testimonio de Clemente Sosa copiamos textualmente: "cuando se fue la primera vez, nadie creyó que volvería, pero cuando regresó, siguió como antes con todos los que eran de Santana. Y así todos con él" "una vez lo pidieron de Juez y el gobierno lo nombró, aunque no estaba en la política. Los baecistas quisieron ganárselo porque Santana había chocado con su familia, pero él no quiso nada."

Vicente Celestino Duarte llena todo un período de la historia dominicana. Héroe epónimo de la Independencia y de la Restauración, sin embargo la posteridad ha sido tímida en la apreciación de los valores de ese hombre extraordinario, que

como su hermano Juan Pablo, sentó cátedra de patriotismo,, abnegación y sacrificio.

En ciertos hombres como que el destino pone un sello de dicrimen en toda su vida. No se sabe con certeza la fecha de su nacimiento. Se presume que nació en Mayaguez, Puerto Rico en el año 1804, Era el primer hijo de de Juan José Duarte (comerciante español) y Manuela Diez, dominicana, (oriunda de El Seybo). Poco se conoce acerca de su mocedad. El retrato del prócer como lo recordaba Clemente Sosa, después de la Restauración era así: “de buen alto y si no lo parecía más era poque llegó a estar bastante encorbado. Tenía el pelo casi enteramente blanco, con entradas pronunciadas y el cabello, que usaba largo según la moda de entonces, un poco claro, aunque no totalmente calvo. Talvez tenía algunos dientes menos cosa que se le notaba a un lado de la boca, grande, cuando reía con ganas, lo que era frecuente”. “Era blanco, muy blanco, con una mancha oscura en la sien izquierda y una mayor sobre la nariz. Tenía muchas más, pero pequeñas, también en las manos, como esas que le salen a los viejos. Orejas muy grandes”. Esas manchas en la sien izquierda y sobre la nariz srvieron para identificar su retrato obtenido recientemente por este Institto.

MUERTE DE VICENTE CELESTINO DUARTE

La única noticia documental que tenemos acerca de la última residencia de Vicente Celestino Duarte en el país, es cuando en carta de Juan Pablo Duarte al Gobierno Provisional de Santiago, con fecha 7 de marzo de 1865, desde Caracas, Venezuela, da las gracias por las atenciones ofrecidas a su tío don Mariano Diez, quien no obstante su edad propecta, al saber de la anexión en el extranjero, corre presuroso al país, como los Duarte, para ofrecer sus servicios a la Patria. En la misma carta en su segundo párrafo, le recomienda a su hermano Vicente, de quien sabía que se desempeñaba como Sub-delegado de Hacienda en San José de Los Llanos.

Ya para esa época la salud de Vicente Celestino estaba muy resentida “padecía de asma” y una que otra vez tuvo que ir a

Santo Domingo para buscar ayuda facultativa. Se sabe de su inmediato regreso a la villa. Vivía sólo en Los Llanos, acompañado de su fiel pariente y una mucama que sería la esposa del pariente. Este era un sirviente de color oriundo de El Seybo, que siempre estuvo a su servicio.

Dos acontecimientos históricos han tenido siempre fuerza incontrastable en la tradición de las generaciones llaneras desde la Independencia hasta nuestros días. Esa tradición viva, imprescindible para toda la comunidad, que se opone tanto al desarraigamiento como al aniquilamiento del pasado. Ideas y valores morales transmitidos de generación en generación.

El primero, es que en San José de Los Llanos se hizo el pronunciamiento contra la tiranía haitiana el 26 de febrero de 1844 en horas de la tarde y lo atestigua el ilustre historiador don Emiliano Tejera, cuando dice: "Juan Ramírez, impulsado por Vicente Celestino Duarte se pronunció el 26 en Los Llanos." Y da fuerza al testimonio de que fue Los Llanos el primer pueblo que se pronunció contra la opresión haitiana el historiador nacional don José Gabriel García, Padre de la Historia Dominicana, cuando dice refiriéndose a la combinación de todos los comprometidos "viniendo a resultar de tan armonioso concierto de voluntades que para la fecha indicada estaba listo en cada localidad, el grupo de patriotas encargados de pronunciarla. Empero, *con excepción de San José de Los Llanos*, donde Juan Ramírez no encontró nunca opositores, por cuya razón se dió por revelado el pueblo desde por la tarde, la primera población que se lanzó por la vía de los pronunciamientos fue la capital" (ver Compendio de la Historia de Santo Domingo Domingo, Tomo 1, Pág. 557) avalados estos testimonios con datos adherentes que dan fuerza a la tesis de que fue Los Llanos el primer pueblo que proclamó la Independencia Nacional.

Las celebraciones de las fiestas patrias, alusivas a la fecha, como costumbre tradicional se inician en Los Llanos el 26 de febrero, con actos especiales en las escuelas, institutos culturales y agrupaciones sociales. Y precisamente, el Club "26 de Febrero", que aún subsiste, cargado de historia, debe

su nombre para exaltar esa efemérides gloriosa en la cual los llaneros iniciaron con decisión y valentía el movimiento que habría de romper las cadenas esclavizantes del ignominioso régimen haitiano.

El club "26 de Febrero" fundado el 8 de junio de 1916, inicialmente tuvo un propósito patriótico, encubierto con un aspecto puramente social, y fue combatir la intervención americana que se inició el 29 de noviembre de 1916 y que terminó el 12 de julio de 1924 en nuestro país. Trabajaba con la sociedad patriótica que desde Santo Domingo dirigían distinguidos patriotas e intelectuales dominicanos.

El otro acontecimiento tradicional es la incógnita que constituye la muerte del patricio Vicente Celestino Duarte. Hombre de fibra sentimental, tenía un elevado concepto de la amistad. Relativamente sólo en el país, pues todos sus familiares vivían en el exterior, después de prestar sus servicios en la Restauración, en campañas que tuvieron lugar en esa región dirigidas por el General Gregorio Luperón, ya enfermo, como hemos dicho, quiso buscar nuevamente asiento entre los suyos -como él decía- donde tendría siempre el mismo respeto, consideración y prestigio. Al sentir debilitadas sus fuerzas, como el ave herida, buscó el calor de su nido y ya no pudo reiniciar sus actividades comerciales. Y allí, se presume que entre los años 1866-1867, silenciosamente, en el medio que tanto amó, terminó su vida procerca ese digno hijo de la Patria.

Acerca del tema que nos ocupa oigamos con sus propias palabras el testimonio del respetable anciano don Celestino Sosa, ahijado de Vicente, cuando decía refiriéndose al padrino que estaba "enfermo del pecho", "una vez fue a Santo Domingo a ver al médico. Iba en una carreta de bueyes de las que usaban para cargar. Le pusieron una silla para que fuera en ella. Tal vez fue otras veces a la capital a curarse. De Fondo negro (*) se mudó a la primera casa en que había vivido en el pueblo abajo" "viviendo ahí en la esquina fue cuando murió" aseguraba Clemente Sosa.

Este testimonio recogido con las propias palabras del declarante por el distinguido municipe don Gregorio Mella

Frías, transcrito por el historiador Profesor Georgilio Mella Chavier (ver Boletín Duartiano No. 11-Pág. 52) merece el máximo grado de credibilidad por el valor moral de los personajes que intervienen en este aserto. Otro testimonio que debe tomarse en cuenta es el del anciano don Cecilio Sosa, muerto a los 115 años de edad, quien en plena lucidez afirmaba que “había oído siempre que Vicente Celestino Duarte murió en Los Llanos, aunque nunca se habló acerca del sitio de su enterramiento.”

Queda ahora por aclarar ¿en el antiguo cementerio, en el extremo suroeste de la población en donde fueron construidos edificios para viviendas al noroeste de la Escuela María Nicolasa Billini? ¡Parece improbable...! Héroe de la Patria; Diputado a la Constituyente de Moca por San José de Los Llanos firmada el 9 de diciembre de 1858. Distinguido como maestro, ciudadano ilustre, probo. Por su capacidad y nobleza, Consultor de la comarca sin distinción de banderías políticas, debería haber sido sepultado como se estilaba antiguamente en nuestros pueblos y ciudades, en la iglesia parroquial. Así fue también sepultado allí otro héroe de la Independencia, el Gral. Bernabe Sandoval, en la antigua iglesia de madera, techada de cana que más tarde, “en julio de 1876 se le puso el techo de zinc siendo cura el Pbro. Francisco Velázquez” (ver la Parroquia de San José de Los Llanos por Mons. Hugo E. Polanco Brito). Un detalle que contribuye a robustecer lo que afirmamos es que Vicente Celestino Duarte no murió en la guerra restauradora, ni salió del país después de 1865 y por consiguiente debió morir en Santo Domingo o en el sitio donde quiso vivir ya muy enfermo, en Los Llanos. Si el deceso de un prócer de tan relevantes méritos y virtudes hubiera ocurrido en la ciudad de Santo Domingo, es seguro que por algún medio publicitario y por canales oficiales y eclesiásticos hubiera quedado constancia escrita de tal suceso. No así en la aldea o “Villa Heróica” como llamara Juan Pablo Duarte a Los Llanos. Sin medios de publicidad no podía quedar constancia escrita, a no ser en el registro civil o en los libros parroquiales, archivos mal conservados o inexistentes.

Con base a la tradición se ha escrito gran parte de la historia del mundo. Conocemos parte de la filosofía de Sócrates por los diálogos de Platón. Por la tradición se ha enriquecido la cultura de los pueblos en su natural evolución civilizadora.

La tradición viva mantiene un conjunto de usos, ideas y valores morales transmitidos de generación en generación que se opone al aniquilamiento del pasado.

Luego tenemos que concluir conque los restos de Vicente Celestino Duarte - imientras no haya pruebas documetales en contrario!- reposan en San José de Los Llanos, pedazo de tierra de sus más caros afectos.

DATOS NUEVOS PARA LA HISTORIA DE LA REPUBLICA

Por Pedro Troncoso Sánchez

El día de hoy, aniversario de La Trinitaria, fecha cumbre de la historia nacional y de la biografía de Juan Pablo Duarte, viene a propósito para anunciar nuevas noticias acerca del momento en que el primero de los Padres de la Nación, navegando en el Atlántico y teniendo apenas dieciseis años, se convirtió precozmente en un patriota. Esas nuevas noticias son un resultado inicial de la investigación que realizan en Barcelona (España) las hermanas Leonor y María Teresa Ayala-Duarte y González, tataranietas del prócer Vicente Celestino Duarte y por consiguiente sobrinas del patricio Fundador.

Acerca del primer viaje de Duarte al extranjero, cuando era un adolescente, sólo se sabía lo que la prócer cronista Rosa Duarte consignó en dos pasajes de sus famosos Apuntes: "Su padre por complacerlo lo mandó a viajar con un amigo que iba para el Norte de América y pensaba desde ese punto dirigirse a Europa....".

En otro de los Apuntes, los llamados "Borradores", amplió esta información: "Cuando Juan Pablo empezó a viajar era un adolescente.... Don Pablo Pujol era catalán y se embarcaba para el Norte de América y pensaba ir a varios puntos de Europa a

arreglar sus asuntos comerciales. Juan Pablo quiso viajar con él y papá porque convenía a sus intereses y por darle gusto le permitió que se embarcara confiado en que Don Pablo Pujol, como amigo que lo quería mucho, lo cuidaría al igual de sus hijos....”.

No trae Rosa Duarte detalles sobre fechas, puertos, buques y estancias en los diferentes lugares pero da la noticia más importante en relación con el viaje: que un hiriente comentario del capitán del buque que lo condujo a los Estados Unidos, acerca de la situación del país dominicano, dominado por la República de Haití, le produjo “vergüenza y desesperación” y le inspiró el propósito de consagrarse a libertar su patria. El propio Duarte dice que juró en su corazón probarle al mundo que los dominicanos eran dignos de llevar este nombre, ocurrencia esta que puede considerarse como el nacimiento de Duarte en tanto que patriota.

Gracias al trabajo de las dos descendientes de la egregia familia Duarte-Diez se sabe ahora que el dos de julio de 1829 el joven Duarte con Pujol y familia llegaron al Puerto de Providence (Rhode Island, Estados Unidos de América) en el bergantín “George Washington” cuyo capitán se llamaba John Haradan Jr. Es una probabilidad sujeta a posterior confirmación que de Providence viajaron a Nueva York en la goleta Olympus arribando allí el 10 de julio de 1829. Estos datos los obtuvieron las investigadoras en los Archivos Nacionales de Washington, D.C., y ellos difieren de la noticia de Rosa Duarte de que era español el buque en que viajó Juan Pablo desde Santo Domingo hasta los Estados Unidos, al tiempo de aclarar que el primer puerto norteamericano que tocó no fue Nueva York sino Providence. Algún día se encontrará la explicación de la diferencia que hay entre ambas fuentes.

El libro que preparan las hermanas Ayala revelará que tras viaje trasatlántico llegaron Duarte, Pujol, los hijos de éste y dos sirvientes a Southampton (Inglaterra) con pasaporte No.242 (posiblemente un pasaporte colectivo) el 26 de agosto de 1829 y luego a Londres el 3 de septiembre siguiente; que en el puerto del Havre de Grace (Francia) desembarcaron el 11 de septiembre de 1829, y que en París estuvieron el 25 del mismo mes. Todos

esto consignado en registros portuarios de la época.

En estos registros, traduciendo del inglés, figuran los siguientes pasajeros:

Don Pablo Pujol, de 43 años, masculino, comerciante, de España; María la O Pujol, 10 años, femenina, natural de Haití; María Dolores Pujol, 9 años, femenina, de Haití; María Dolores Pujol, 9 años, femenina, de Haití; Pablo Pujol Jr., 7 años, masculino, de Haití; Antonio Pujol, 18 meses, masculino, de Haití; Juan Pablo Duarte, 16 años, masculino, oficinista, de Haití; Juan Baptiste Ameda, de 32 años, masculino, sirviente, de Haití; Elvira Brown, 22 años, femenina, sirvienta, de Filadelfia.

Todos figuran como dirigiéndose a Francia.

La investigación de las hermanas Ayala ha dado también con una lista de personas en orden alfabético en la cual, en la columna correspondiente a la letra D, dice "Duarte, J. P., commer, de Santo Domingo, Haití, 11 de septiembre". Y más abajo dice: "Duarte, J.P. Commer: police, 25 de septiembre". La coincidencia de fechas induce a establecer que esta lista de personas son pasajeros llegados al Havre el 11 de septiembre de 1829.

Estos nuevos datos y la publicación que hizo muchos años atrás el historiógrafo Máximo Coiscou de un acta levantada el 30 de noviembre de 1831 por el Oficial Civil de Santo Domingo, en que figura Juan Pablo Duarte como testigo, permiten ahora suponer que la estancia del Patricio en Barcelona transcurrió poco más o menos entre octubre de 1829 y noviembre de 1831.

En estos dos años, al tiempo que estudiaba presencié Duarte la lucha que se libraba en toda España, especialmente en Cataluña, contra el retorno al absolutismo impuesto por Fernando VII en 1823, y en favor de la autonomía de Cataluña dentro de un régimen federativo y constitucional, movimiento este duramente reprimido por el Conde de España.

Esta experiencia del joven patriota, unida a la exaltación nacionalista que advirtió en los españoles tras la reciente ocupación militar francesa explica su estado de ánimo, por vía de analogía, cuando regresó a Santo Domingo, así como su declaración

de que venía a luchar por nuestros fueros y libertades.

Bien merecen las hermanas Leonor y María Teresa Ayala-Duarte y González la gratitud del pueblo dominicano y en especial la del Instituto Duarte por el aumento del conocimiento de Duarte que producen sus investigaciones y por los que agregará el trabajo que realizan.

LOS APUROS DE UN PADRE DE LA PATRIA

Por Federico Henríquez Grateraux

“El comerciante Juan Pablo Duarte.” He leído y oído esta frase varias veces, escrita y pronunciada por historiadores, sociólogos, políticos, estudiantes. Estas personas estiman que decir “el comerciante Juan Pablo Duarte” es una forma de subrayar el origen de clase del Fundador de la República Dominicana. Por tanto, la afirmación luce más científica, más moderna, mucho más avanzada sociológicamente.

Una vez establecido que se trata de un comerciante podríamos colegir “su ideología”, sus opiniones políticas y su actitud ante los prejuicios raciales de negros, blancos y mulatos. Y, además, contribuimos así a la “desmitologización” o desmitificación del patriota dominicano que fundó la sociedad secreta *La Trinitaria*. Pero no puedo ver en paz que se pase de la desmitificación a la irresponsabilidad. O peor, de la desmitificación a la intoxicación.

El padre de Juan Pablo Duarte, el señor Juan José Duarte, fue, efectivamente, comerciante. Su hijo, en cambio, no lo fue en absoluto. Un comerciante hábil de cualquier tiempo difícilmente pelea con un gobierno, aún en el caso de que el gobierno sea extranjero y no le sea grato; generalmente prefiere hacer

amistad con los poderosos; y esa es una conducta prudente y práctica. Para un comerciante de Santo Domingo, durante la dominación haitiana, no supongo nada más ventajoso que entenderse con Boyer, con Borgellá, y beneficiarse de contrabando, tasas, impuestos, compras, etc.

Juan Pablo Duarte actuó siempre como todo lo contrario de un comerciante. La de comerciante es una ocupación humana que, como cualquier otra, puede significar debilidades o virtudes para quienes la ejerzan. Ese también es el caso del médico, del hacendado o del asalariado. Con cada ocupación su pecado o su virtud. Pero cabe señalar una sencilla y frecuente realidad; mi padre puede ser ganadero y yo querer ser violinista. Y hay otro asunto, ya no tan sencillo, porque tiene un ingrediente filosófico: un hombre es su cuerpo y su alma y lo que hace con ellos en su vida. Si usted, con su cuerpo y su alma, hace comercio, llega a ser comerciante; si hace política con alma y cuerpo durante toda su vida, se trata entonces de un político. Se puede ser santo, escritor, apóstol, industrial, según la forma de "emplear la vida."

Lo que define la vida del hombre es una especie de dedicación de su cuerpo y de su alma a un quehacer con sentido o finalidad. Juan Pablo Duarte durante toda su vida se comportó como un apóstol, nunca como un comerciante, si usamos ese término en sentido peyorativo, como sinónimo de mercachifle o codicioso de bienes y dinero. Decir que Duarte fué comerciante es exacto pero impropio, antiintelectual por antifilosófico, y, en el fondo, falso.

Podría dar la impresión engañosa de que Juan Pablo Duarte era la cabeza de un movimiento de comerciantes jóvenes, guiados por intereses económicos de grupo. Habría entonces que preguntarse: ¿cuál era la ocupación de los señores José María Serra, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Juan Nepomuceno Ravelo? ¿Eran todos comerciantes? ¿Cuál era la edad de cada uno de ellos en el momento de la fundación de *La Trinitaria*? Es una pena que no podamos dar explicaciones estrictamente económicas de todos los actos humanos. Estos jovencitos de origen hispánico y mulatos mucho de ellos, no

eran comerciantes ni industriales ni terratenientes. Los hechos llamados económicos debemos desprenderlos —para su consideración separada— de un torso más amplio que ese carácter cultural.

Pero queda en pie el asunto de su origen de clase. La posición económica del padre de Duarte le permitió enviar a su hijo a España. Por ser hombre que adquirió educación, Duarte pudo interesarse en el texto de la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos*, en la filosofía, en las artes militares, en los conceptos de teoría política. En un país tan pobre como lo fue Santo Domingo entre 1813 y 1844 —y antes y después—, ningún proletario, o esclavo, o jornalero, o liberto, podía adquirir la educación del joven Duarte. El deseo de fundar una República soberana, libre de toda dominación extranjera —como reza el juramento de los trinitarios— indica que Duarte había absorbido unos principios, que profesaba una idea política.

Los esclavos haitianos que se rebelaron contra sus amos franceses reaccionaban ante una explotación espantosa: fue el estallido elemental de unos hombres acorralados que lucharon heroicamente por su libertad; pero sin programa político previo. Ese no es el caso de Duarte, el apóstol de nuestra independencia política, como debemos llamarle con toda propiedad. Sobre el problema de las clases sociales y de la creación cultural, y a modo de ejemplo, digamos que los caldeos fundaron la astronomía; los caldeos de las clases superiores “tenían” el tiempo y la oportunidad para contemplar el cielo y hacían observaciones sobre el desplazamiento de los astros, que señalaban a sus hijos y nietos, hacían la carta de la ruta de un planeta. La astronomía antigua fue creada por las clases superiores y no por las inferiores. Ese es un hecho, no una estimación de las capacidades intrínsecas de una clase social.

Las clases oprimidas por los reyes caldeos no tenían posibilidad de dedicarse a las astrología. La astrología, que ahora llamamos astronomía y la distinguimos de la astrología judicial, fue una ciencia inútil que no sirvió para nada durante muchísimos siglos; un conocimiento que desde hace muy poco, con

la exploración del espacio, pudo volverse práctico. O sea que no podía interesar a las clases que, en vez de mirar hacia arriba estaban obligadas a mirar hacia el surco. Ni siquiera las directas y viejísimas aplicaciones de la astronomía en la agricultura podían ayudar mucho a los grupos sociales que no poseían tierra cultivable.

No me parece razonable que, procediendo antihistóricamente, exijamos a Duarte que fuese socialista. El *Manifiesto Comunista* es de 1848; el primer tomo del *El Capital* se publicó en 1867. Duarte fue quien organizó la sociedad *La Trinitaria*. La fundó en 1838 y la independencia ocurrió en 1844. La sociedad actuó, pues, durante casi seis años. Duarte también organiza las presentaciones teatrales de obras de la época de las guerras napoleónicas. Al oír los diálogos de esas obras dramáticas, las alusiones a la patria española bajo la dominación francesa de José Bonaparte eran interpretadas por el público como críticas a la dominación haitiana, a la dominación de los “franceses” negros.

Quiere decir que Duarte fue el autor del “programa de relaciones públicas de la independencia”, de la propaganda política. Puede usarse cualquier nombre, antiguo o moderno, para designar esa actividad de difusión pública. Duarte, además fue el organizador de los cursos de esgrima para los miembros de su grupo. Él consideraba básico que los jóvenes dominicanos se entrenaran para adquirir destrezas militares. Tal vez ahora pueda encontrarse a este programa de Duarte alguna relación con la “guerra de guerrillas” o las “escuelas de insurgencia”.

Duarte, por otra parte, pastoreó a muchos jóvenes dominicanos para que acudieran a oír las lecciones del sacerdote peruano Gaspar Hernández.

Consideraba Duarte que esos jóvenes debían prepararse intelectualmente para poder organizar los servicios colectivos, para dirigir la sociedad. Creo que en la actualidad llamarían a esos cursos formales institutos de “capacitación política”, escuela de líderes o de “formación de cuadros.”

Pues bien, un hombre que hace todo esto no es —de ninguna manera— un comerciante. Es un apóstol de una causa política. Sociedad secreta, juramento político, esgrima, clases

de filosofía, enajenación de sus bienes, exilio, muerte en la pobreza. ¿Dónde está el Duarte comerciante, condicionado por su posición de clase? ¿Actuó Marx con arreglo a los condicionamientos de su clase y de su cultura burguesa? No. Marx es el creador de la ideología del proletariado contemporáneo. Pero hay que decir que gracias a su cultura burguesa pudo Marx desarrollar la historia del análisis económico, uniendo a Hegel con Ricardo y Owen. Cosa que difícilmente hubiera podido hacer un obrero de su tiempo, cumpliendo una atroz jornada de 14 ó 16 horas.

Los sociólogos de la Escuela de la Sociología del Conocimiento afirman que el pensamiento está condicionado por la clase social del que piensa, excepto el pensamiento de los sociólogos del conocimiento, quienes — maravillosamente— piensan siempre con la mayor objetividad. ¡Como si el teorema de Pitágoras se entendiera de diverso modo en los barrios pobres que en las zonas residenciales! Los condicionamientos de la educación de las clases nunca son tan grandes como para cegarnos ante la realidad

A ningún cubano se le ocurre poner en duda que José Martí fue el apóstol de la independencia de Cuba. Martí escribió, dijo discursos, viajó, organizó, propagó sus ideas y, finalmente, consiguió unir a su causa a Máximo Gómez, el militar que peleó la guerra de Cuba. Martí muere “inútilmente” en Dos Ríos: no era militar, era patriota, era escritor. Eso fue lo que hizo con su cuerpo y con su alma durante toda su vida. Martí buscó a Máximo Gómez, pero no pudo ver la Independencia de su país, una independencia de la cual es sin duda autor.

Duarte, desde luego, no fue el extraordinario escritor que fue Martí; pero aunque Duarte no estuviera presente en el baluarte del Conde —el bastión de San Genaro— nadie puede negarle su papel de primer rango en la historia de nuestra independencia. Duarte se hizo tan notorio y peligroso que lo desterraron; por eso no estuvo presente la noche del 27 de febrero. Pero no hay duda de que ese hijo de comerciante fue el fundador de la República Dominicana.

Esto no quiere decir que Francisco del Rosario Sánchez y

otros próceres de nuestra historia valgan poca cosa. No, nada de eso; no quiero entrar en estas pugnas comparativas, tan estériles. Solo me importa corregir un poco la “mala prensa” que ha tenido Duarte en los últimos años.

Creo que la tendencia literaria a la desmitificación tiene algunos motivos justificados. No deberíamos deshumanizar a los héroes, a los pensadores geniales, a los artistas, y presentarlos como si fueran semi-dioses. Pero esta reducción acarrea algunas dificultades. Al hombre común y corriente le complace saber que a Jefferson podía darle diarrea, como le ocurre a él; eso le hace pensar que él es igual a Jefferson, a quien, según parece, le gustaba acostarse con una esclava mulata. Ahora bien, la grandeza de Jefferson no reside en que le diera o no diarrea, o en que disfrutara durmiendo con una mujer que no era de su clase. Cuando intentamos mostrar al héroe en calzoncillos —poniendo en relieve que obviamente no puede salirse del género humano— no disminuimos con ello su grandeza y con frecuencia solo exhibimos nuestra pequeñez. Lo que digo de Jefferson reza también para Duarte o para Martí. El único consuelo, después de los apuros que en vida pasó Duarte, es que cualquier apuro póstumo debe considerarse un asunto de menor cuantía.

mayo 23, 1985



Office of the Mayor

CITY OF NEW YORK



Proclamation

THIS YEAR MARKS THE 172ND ANNIVERSARY OF THE BIRTH OF JUAN PABLO DUARTE, FATHER AND FOUNDER OF THE DOMINICAN REPUBLIC. HIS GREAT PATRIOT, WHOSE STATUE STANDS ON PUBLIC LAND IN NEW YORK CITY, IS A SYMBOL OF THE STRUGGLE FOR NATIONAL LIBERATION BY THE DOMINICAN PEOPLE AND THOSE WHO YEARN FOR FREEDOM EVERYWHERE.

TOGETHER WITH THE MORE THAN 300,000 DOMINICANS WHO LIVE IN OUR CITY AND CONTRIBUTE TO ITS CULTURAL VITALITY AND ECONOMIC GROWTH, NEW YORKERS HONOR THE MEMORY OF THIS HERO BY SUPPORTING THE IDEALS OF FREEDOM FOR WHICH HE STOOD.

NOW, THEREFORE, I, EDWARD I. KOCH, MAYOR OF THE CITY OF NEW YORK, DO HEREBY PROCLAIM THE WEEK OF JANUARY 20-27, 1985, AS

"JUAN PABLO DUARTE WEEK"

IN NEW YORK CITY, AND CALL UPON ALL OUR CITIZENS TO RECOGNIZE THE CONTRIBUTIONS OF THIS LEADER WHO ENNOBLED HIS COUNTRY IN THE STRUGGLE FOR HUMAN RIGHTS AND FREEDOM.

IN WITNESS WHEREOF I HAVE HEREUNTO SET MY HAND AND CAUSED THE SEAL OF THE CITY OF NEW YORK TO BE AFFIXED.



Edward I. Koch

MAYOR, THE CITY OF NEW YORK

TEXTO DE LA PROCLAMA TRADUCIDO AL ESPAÑOL

ESTE AÑO MARCA EL 172 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE JUAN PABLO DUARTE PADRE Y FUNDADOR DE LA REPUBLICA DOMINICANA, ESTE GRAN PATRIOTA, CUYA ESTATUA SE YERGUE EN UN SITIO PUBLICO DE LA CIUDAD DE NEW YORK, ES UN SIMBOLO DE LA LUCHA POR LA LIBERACION NACIONAL, REALIZADA POR EL PUEBLO DOMINICANO Y POR TODOS LOS QUE ANHELAN, EN TODAS PARTES, LA LIBERTAD.

UNIDOS A MAS DE 300,000 DOMINICANOS QUE VIVEN EN NUESTRA CIUDAD Y CONTRIBUYEN A SU VITALIDAD CULTURAL Y CRECIMIENTO ECONOMICO, LOS NEWYORQUINOS HONRAN LA MEMORIA DE ESTE GRAN HEROE, DEFENDIENDO LOS IDEALES DE LIBERTAD POR LOS CUALES EL LUCHO TODA SU VIDA.

POR TANTO, YO, EDWAR I. KOCH, ALCALDE DE LA CIUDAD DE NEW YORK, PROCLAMO HOY, POR ESTE DOUMENTO LA SEMANA DE ENERO 20-27 COMO:

“LA SEMANA DE JUAN PABLO DUARTE EN
NEW YORK”

Y HAGO UN LLAMADO A TODOS MIS COMPATRIOTAS PARA QUE, RECONOZCAN LA CONTRIBUCION DE ESTE GRAN LIDER, QUE ENNOBLECIO A SU PAIS EN SU LUCHA POR LOS DERECHOS HUMANOS Y POR LA LIBERTAD.

EL TESTIMONIO DE LO CUAL PONGO AQUI MI FIRMA Y ESTAMPO EL SELLO DE LA CIUDAD DE NEW YORK.

Edward I. Koch
Alcalde de la Ciudad de New York

New York, N.Y.

Enero 7, 1985.

Ing. Hugo Bueno Pascal
Administrador de la Cia.,
Dominicana de Aviación,
Sto. Dgo., Rep. Dominicana.

Digno y prestigioso funcionario:

Después de presentar a Ud. nuestro respeto y desearle un feliz Año Nuevo, queremos hacer acopio, de vuestro patriotismo, demostrado ya en pasadas ocasiones, cuando permitió las donaciones de los pasajes a personalidades que desde nuestro país e invitados por esta organización han venido a expresar con su rico verbo en una solemne conferencia la grandeza de nuestra patria y las virtudes cívicas y patrióticas de los padres de nuestra nacionalidad, Duarte, Sánchez y Mella; como el Lic. Angel Miolán en el 1982, El Dr. Frank Moya Pons, en el 1984; y ahora, os pedimos encarecidamente el mismo pasaje para el Dr. Virgilio Hoepelmán, fundador y miembro directivo del Instituto Duartiano, quien será la persona que disertará en esta ocasión en que se cumplirán 172 años del nacimiento de Juan Pablo Duarte y Diez.

Este año esta fiesta revestida de más solemnidad, pues el alcalde de New York, el Hon. Edar Coch ha decretado una semana Duartiana en New York, mediante una proclama que será entregada a nuestra organización el 23 de Enero a las 11 AM. en el salón azul de la Alcaldía.

Nosotros, estamos confiados en que, nuestra petición como siempre será aceptada, pues de lo contrario nos crearía un mayúsculo problema, ya que este Club, solo es patriótico y no efectúa ninguna actividad que remunere fondos, sus miembros, simples ciudadanos, pobres, pero con un ardiente patriotismo para cantar las proezas de nuestros héroes y la gloria y la grandeza de nuestra tierra.

Y Puede entregarle en esa el pasaje, al Dr. Virgilio Hoepel-
mán en Prolongación A. Lincoln 232 Sto. Dgo. Teléfono 565-
7418.

Con gracias anticipadas, y un abrazo fraternal, Duartia-
no, les saludan;

Profesora Ana Monción
Presidenta

Connie Rodríguez
Secretaria General

Juan A. Paulino
Fundador

JUAN PABLO DUARTE COMO DOMINICANO AUSENTE

Señora doña

Ana Monción,

Presidente del Club cívico-cultural

Juan Pablo Duarte;

Señor Consul general de la República

Dominicana en Nueva York;

damas y caballeros:

Antes que nada, debo agradecer, en nombre del Instituto Duartiano y el mío propio, a su entidad filial en esta trépidante urbe, la honrosa invitación que se nos hizo para que estuviésemos presentes en estos actos, mediante los cuales sigue la llama viva del fervor patrio calentando los corazones, mejor aún que el más grueso de los abrigos. Y quiero recordar, en fecha tan histórica como la del 26 de enero, que Juan Pablo Duarte fue, otrora, un dominicano ausente igual que cada uno de ustedes hoy, y no sólo en Nueva York, sino en España, en Hamburgo, en Curazao y en Venezuela, con todo el dolor y toda la nostalgia que la ausencia implica en múltiples ocasiones y por diversos motivos.

Alrededor, precisamente, de tal tema me permitiré, previa benevolencia de un tan selecto auditorio, pensar en voz alta, pues tiene muchas facetas e incita a las reflexiones y atisbos del ensayo. Ausencia, dice un buen diccionario, es la acción y efecto de ausentarse o estar ausente; tiempo en que alguno está ausente; falta o privación de alguna cosa, carencia; condición legal de una persona cuyo paradero se ignora. La verdad es que, aunque sea por horas, todo el mundo ha estado ausente del lugar en que suele vivir y trabaja o sueña, hasta que llegue la hora de la ausencia definitiva, cuando ateos o cristianos, malos o buenos, soñadores o prácticos nos marchamos sin maletas, queriendo o sin querer, a la nada o al todo de lo no conocido.

Podríamos ver en la ausencia un fenómeno psico-biológico propio de los humanos, aunque también en la fauna existen las emigraciones, por lo común masivas y periódicas, en busca de mejores climas y aún por instintos eróticos. "Mi amada está ausente y es como si ausente tuviera yo el ser", comienza un poema mío de hace algunos años, porque tiene también, ese fenómeno, ingredientes románticos. Estar ausentes, para muchos seres casados, hombres o mujeres, es casi la salvación de su status conyugal, pues cuando regresan siempre son recibidos por lo menos con una sonrisa, cuando la no presencia es de algunos días; y como si se tratase de astronautas, vencedores del espacio, cuando dura algunos años. El no estar presentes nos magnifica, en mayor o menor grado, hasta cuando la dosis de novedad concluye y nos ponemos de nuevo el viejo y a veces remendado traje de la rutina.

Hay dos clases de ausencia: la voluntaria y la involuntaria. Cuando ocurre la primera nadie nos obliga, pero con firme decisión nos alejamos de la patria, por cualquiera de estos tres motivos, económicos, culturales o sentimentales. Es entonces cuando mientras los otros lloran nosotros estamos serenos, pues hay algo siempre de orden superior, de la voz del Destino, en nuestra firme voluntad de lejanía. No siempre se triunfa en la ausencia voluntaria; y a veces se encuentra el

frío regazo de la muerte; pero por lo común conviene, cuando nuestras fuerzas son superiores al ámbito en que batimos las alas como aguilas por huir de los ratones.

Motivos económicos fueron, sin dudas, los de un Moisés en busca de la tierra prometida, donde abundaban la leche y miel; y los de los hititas y aqueos, al salir aquellos del Asia menor en pos de Creta, y estos, 600 años después, en pos del Peloponeso, desde las remotas orillas del mar Caspio. Lo mismo harían los colios y los jonios, guiados por un oscuro presentimiento de vida más fácil; y los persas de Ciro el Grande y de Jerjes, obsesados por el fértil suelo del Atica, por la abundancia de aceite y de vino, más que de filósofos y de poetas. Y, ¿Quién no sabe que si la península Itálica llegó a ser un imperio se debió a la voluntaria ausencia, de sus respectivos mares europeos o asiáticos, de tribus tan inteligentes como cultas, que ya no podían conformarse con sus zonas áridas o de adverso clima?

Cuando fue la cultura, más que la economía el foco de atracción, se ausentaron gozosamente y con frecuencia los ociosos magnates romanos para el Egipto o para la Hélade, cuando no para el cercano Oriente, de donde regresaban, los que tenían almas de artistas, ansiosos de corregir la falta de creatividad con genial asimilación, hasta de las bellezas mitológicas. Siglos más tarde, ostrogodos y visigodos, aunque sin conciencia de ello, intuitivamente movidos por sus virtuales poderes de alma y de intelecto, buscaron en las penínsulas Itálica e Ibérica los conocimientos de que carecían en las orillas del mar Negro, para al fin, de bárbaros convertirse en civilizados, como una de las mutaciones más interesantes de la Historia, aunque costase sangre, sudor y lágrimas.

En cambios, motivos sentimentales y religiosos originaron ausencias de plausible valor ético como las de Lao Tse y Confucio en la vasta China, para difundir las magias y magisterios rituales del Tao-Te King entre millones de escépticos, al fin educados por esos humildes apóstoles del generoso desinterés y la vida casta y sencilla. Y ausencias, también, del Iluminado o Buda, al dejar los lujos principescos de Kapilavastu por las triste-

zas y humillaciones del predicador entre las aldeas de la India, tan pobres seis siglos antes de Cristo como ahora.

Y ya que he citado al Mesías, al hombre que no murió, como muchos conductores de nuestra época entre altas reverencias y caros cuadros y esculturas, sino en tosca cruz, ¿no fueron sus ausencias de orden místico que lo llevan desde Belén hasta Nazaret y Jerusalem, donde las versátiles masas lo aclaman hoy para apedrearlo mañana, en un rasgo, más que étnico, humano, que debía servir de lección a todos los líderes? Ausencias voluntarias, sin embargo, las de los grandes iniciados de que nos habla Eduardo Schure, similares quizás a las que, en nuestra época, traen al Occidente, desde la patria de Mahatma Gandhi, a tantos divulgadores del sistema doctrinario llamado yoga.

En verdad, que nada nos aflige y sí nos satisface, a veces, el ausente voluntario, porque de su buena voluntad se alimenta el turismo mundial y porque suele ser, un hombre de paz y de concordia, no un hombre de mala voluntad o de absurdos proyectos. Salvo algunos casos negativos, el que se desplaza de su metrópoli o de su aldea anheloso de más promisoros horizontes, en lo económico; de mayor cultura, en lo intelectual; y de un mejor ambiente para sus ansias espirituales o religiosas, siempre ha sido un ente útil, como el padre de Carnegie cuando dejó a Escocia para venir a los Estados Unidos en busca de trabajo; o como nuestro Pedro Henríquez Ureña, cuando halló en las patrias de Juárez, Washington y Sarmiento zonas de mejores posibilidades para la docencia y el aprendizaje; o como, en fin, la actitud podemos decir que revolucionaria del Papa Juan Pablo II, al visitar, urgido por motivos religiosos, países tan lejanos uno del otro como México e Israel; Santo Domingo y Pakistán, Argentina y el Japón, España y las Filipinas.

En contraste, la ausencia involuntaria, cuyas causas suelen ser políticas, delictuosas o por enfermedad, siempre fue para su autor o paciente algo no querido, como un agudo dolor de cabeza, o del estómago, cuando no del alma. La historia nos ofrece patéticos ejemplos de ausencias obligatorias, como, en materia política, los crueles estracismos griegos, hijos de la envidia o la ignorancia, de que fueron víctimas un Aristides y un Demóste-

nes; de un Dante y un Maquiavelo, en la turbulenta Italia del medioevo; o un Víctor Hugo, en el siglo XIX, por su hostilidad a las torpezas de Napoleón el Pequeño. En nuestra América, concretamente en Santo Domingo, hubo a través de los siglos, tres ausencias de índole política de dolorosa recordación. La primera, año de 1500, cuando el gobernador Francisco de Bobadilla destierra a los tres hermanos Don Cristóbal, don Diego y don Bartolomé Colón, engrillados como vulgares delincuentes, tras de confiscarles sus bienes, inclusive los papeles. La segunda, cuando el dictador Boyer destierra al frustrado prócer don José Núñez de Cáceres, 1822; y la tercera, en fin, cuando el otro dictador, don Pedro Santana, expulsa, tras declararlo traidor, al fundador de la República Dominicana, Juan Pablo Duarte, el día 22 de agosto del año 1844, conjuntamente con sus compañeros de lucha y sacrificios Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella.

Tres conmovedoras ausencias involuntarias, promovidas por sendos enemigos, aunque casos similares podemos evocar en Iberoamérica, como un amargo símbolo de inmadurez. ¿Quién desconoce el eterno destierro de un Haya de la Torre, siempre ausente contra su propia voluntad, a pesar de sus inequívocas ideas democráticas? Este gran amigo del árbol y de los niños, siempre rodeado de libros, hasta en la cárcel, siempre inmerso entre las olas del pueblo laborioso y sencillo, alcanzó ya su ausencia definitiva, pero solamente en lo físico, pues su espíritu, como el de Bolívar, será una eterna e inspiradora presencia, mientras haya (como su apellido) una libertad que conquistar y una pobreza que aminorar.

Ausentes involuntarios, obligados a serlo bajo pena de muerte; ausentes de enorme altura moral e intelectual y que tuvieron hambre y sed de justicia fueron, en nuestra América mestiza, pobre y sentimental, ciudadanos por lo común quijoscos, de ayer y de hoy. Cada nación los tuvo y, por eso, México recuerda a Juárez, desterrado por Santa Anna; Centroamérica a Morazán; Cuba al poeta Heredia; Venezuela a los Blanco Fombona; Colombia a Leguizamón; Argentina a Sarmiento; Paraguay a Natalicio González... ¿Para qué seguir? Cuando uno sale de

cualquier sitio, porque así lo desea, sus razones tiene, más o menos oportunas, es un ausente feliz. Pero cuando sale porque otros quieren, perseguidos por el odio o por el temor, es un ausente triste, alicaído, cuyo único sueño es volver a ser presencia viva y jubiloso grito en el mismo lugar de donde, por fuerza, tuvo que alejarse.

Ausentes involuntarios, por atentados al Código penal, o ético, muchos ha conocido el mundo; y acaso los primeros fueron Adán y Eva, echados del paraíso por la justicia divina, como castigo a su desobediencia. ¿Quién quita que fueran los ausentes más desesperados de la Historia, al tener que sudar para comer y engendrar un hijo tan díscolo como Caín y (para decirlo a lo mexicano) tan menso como Abel, que se deja matar con una quijada de burro?

Para esos ausentes contra su voluntad, por sus atentados contra el orden legal existen las leyes de extradición, que algunos dictadores en fuga han conocido; pero también existen leyes inmigratorias, ya no infamantes sino a veces muy deplorables, en cuya virtud hombres y mujeres buenos y honrados, ansiosos de ganar un pan no untado con mantequilla de indignidad, se ven constreñidos a abandonar un país al que tiene cariño, y en cuyo seno han adquirido alguna holgura, por carencia de algunos requisitos de entrada. Ojalá volviéramos a la época feliz, añorada por Stefan Zweig, en que no era necesario un pasaporte para viajar por el mundo entero, ni había soldados y cañones en cada frontera. Esa sería para los millones de espíritus angustiados del planeta Tierra, una hazaña mayor que los cerebros pensantes del ingenio electrónico o que los viajes a la luna.

Este preámbulo lo he querido hacer ante la figura de ese prototipo de ausente involuntario por motivos políticos que fue Juan Pablo Duarte, porque felizmente hablo ante muchos, muchísimos, ausentes voluntarios como son los dominicanos en esta difícil, simpática y compleja ciudad penta-municipal que se llama Nueva York. Lo he querido hacer, repito, para que todos meditemos en la agonía del prócer ozamense, exiliado en las inhóspitas regiones del Río Negro, durante muchos años, aunque al final pudiera vivir en la ciudad del Avila, que era hace un

siglo un remanso de plácido y conventual recogimiento. Y además, para que cada compatriota, niño, joven adulto o anciano, se sienta cada vez más orgulloso del Padre de la Patria, y de ser, como él, un dominicano ausente, si tal ausencia es sinónimo de crecimiento espiritual e intelectual, de amor a nuestra historia y a nuestros héroes y, ¿por qué no decirlo? a nuestra triple estirpe india, hispánica y africana, en cuya virtud somos seres cósmicos, universales, tales como los vaticinó el clarividente Vasconcelos.

Todos sabemos que Duarte vino al mundo un 26 de enero, 1813, de padre andaluz, Juan José y de madre seibana, Manuela Díez, en época de colonial incertidumbre; que viajó a Europa en 1830, o sea a los 17 años en compañía de don Pablo Pujols; que vivió unos días en Nueva York, en donde adelantó en sus estudios del inglés y de geografía; que estuvo en Londres, París y finalmente en Barcelona; que su provecho intelectual fue máximo, según se colige de las reflexiones históricas de don Félix Marías del Monte; que regresó vía Saint-Thomas, cargado de libros, a fines de 1831; que esos libros, junto con hermosos chalecos, los repartió entre sus jóvenes amigos, futuros compañeros de gloria y de sacrificios; que esos jóvenes amigos eran Juan Isidro Pérez, Jacinto de la Concha, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix M. del Monte, Félix María Ruiz, Tomás de la Cóncha, José María Serra, Benito González, Wenceslao de la Concha y Felipe Alfau, entre otros, con edades comprendidas entre los trece y veinte y un años; que regresó de España, según confesó al médico Manuel María Valverde, impresionado por la lucha de los catalanes por conquistar su libertad; que muy en breve y aún quizás contra su voluntad se convirtió en el líder y maestro de la juventud capitala. que en 1834 ingresó en la Guardia Nacional y a poco se le designó furriel o cabo de escuadra, debido a su ostensible probidad; que hasta la formación de la sociedad patriótica La Trinitaria, su actividad fue intensa junto con los que compartían su firme propósito, a cada rato expuesto, de liberar al país del oprobioso yugo haitiano; que en virtud de sus prédicas, circularon hojas clandestinas de atrevidas críticas para los intrusos, con los nombres de "El dominicano

español”, y otras hojas, favorables al gobierno, con el nombre de “La Chicharra”, ambas leídas en toda la ciudad; que el día 16 de julio, 1838, junto con Pedro Alejandrino Pina, José María Serra, Félix María Ruiz, Juan Nepomuceno Ravelo; Benito González, Jacinto de la Concha y Juan Isidro Pérez, creó en casa de este último frente a la iglesia del Carmen, la citada sociedad, para expulsar a los haitianos y proclamar dijo Duarte, la República Dominicana; que, tras una intensa labor en toda la parte este de la isla, inclusive teatral, los trinitarios llegaron tan lejos, que Duarte tuvo que fugarse, para salvar la vida, y Sánchez fue declarado difunto, dizque por cruel enfermedad, lo que no impidió, por fin, el glorioso amanecer del 27 de Febrero; que, a su regreso, el 15 de marzo de 1844, toda la población, profundamente conmovida y dulcemente jubilosa, lo recibió en el muelle y calles aledañas, mientras el monseñor Tomás de Portes e Infante exclamaba ¡Salva al Padre de la Patria!.....

La vida del más puro varón quisqueyano, en cierto modo nos recuerda a Cristo (y en este sentido tiene razón Balaguer), en lo fugaz del triunfo, del aura popular, y en lo duradero del martirio, si intenso en el hijo de Dios, asaz extenso e igualmente doloroso, en el vástago de Juan José Duarte. Pues, desde el mismo día de su glorificación surge la serie de turbias reticencias, de pequeñeces en cuya virtud se le designa un simple vocal de la Junta Central Gubernativa, cuando lógicamente le correspondía la presidencia, ocupada, ¡oh, ironías del destino! por un político que, como don Tomás Bobadilla, nunca tuvo fe en los jóvenes ni compartió sus inquietudes y, en cambio, había servido al poder interventor. Lo cierto fué que Duarte, no obstante haber sido proclamado por las masas Jefe supremo del ejército, ofreció su colaboración a la Junta, sin exigir ninguna clase de preeminencia, pero en cambio pidiendo que lo enviasen a la campaña, para completar, en lo militar, su obra de civilista.

Tal desprendimiento, en un país donde un Santana, un Báez, un Heureaux y un Trujillo agotaron unos 90 años de caudillismo, será para siempre una lección de permanente claridad para todos los que, sin suficientes méritos, en el ancho campo de la ejemplaridad cívica, aspiran a ser diputados, senadores y

hasta Presidentes de la República en virtud de un mero partidismo político, sin detenerse a pensar, como lo advirtió José Martí, que la patria es ara, no pedestal.

¿Quién no sabe que, por culpa del magno recibimiento popular, que duró todo el día y parte de la noche, cerca y en los alrededores de la casa natal del patricio, sede hoy del Instituto Duartiano, así como de un valiosísimo Museo, los afrancesados y los haitianizados le hicieron la vida imposible? En vez de recordar que ni él ni sus compañeros de lucha, Sánchez, Mella, Pina, los hermanos de la Concha, Pérez, Ravelo, Acosta, y tantos más, siendo tan jóvenes no había disfrutado de su juventud, porque la obsesión de ser libres, los sometió a continuas penalidades, los habían tildado de filorios, como burlona mezquindad. Y ahora, en la hora sublime, cuando la bandera ideada por Duarte ondeaba sobre el vetusto bastión de San Genaro, a las burlas siguieron las intrigas, como un símbolo amargo, pero que es una constante en la historia de América, de la ingratitud con que premiamos las nobles y heroicas acciones, tanto más desconocidas cuanto más llenas de callado renunciamento.

El primer revés lo tuvo el prócer libertador quince días después, en Baní, al aconsejar al General Santana, una y otra vez, que las tropas mandadas en jefe por el segundo marchasen sin más demora desde Sabana Buey a los Llanos de Azua, para arebatar de nuevo al ejército invasor tan estratégica posición. El plan de Duarte era embarcar los aguerridos jóvenes a su mando, que con tanta ilusión habían salido de la capital desde el día 22 de marzo, entre toques jubilosos de cornetas y tambores, de manera de atacar a los haitianos por la retaguardia y que los mismos tuviesen que pelear en dos frentes. Era una iniciativa digna de estudio, pero Santana, en vez de hacerlo, como prometió con un gruñido de cólera, al joven general de 31 años, obtuvo que la Junta Central Gubernativa requiriese su presencia "con sólo los oficiales de su Estado Mayor", en la capital, escaso por diligencias del zorruno Bobadilla. Tan pronto como llegó devolvió a la Junta 827 pesos que no llegó a gastar, de los mil que se le habían entregado, de modo que nuestra vida republicana comenzó con dos grandes ejemplos dados a la posteridad

por su creador, o sea el de la disciplina militar y el de la más estricta y escrupulosa moralidad administrativa.

El segundo revés lo sufrió en el Cibao, como complemento de frecuentes desavenencias con Bobadilla, tácitas o expresa, y que no eran producto de un desacuerdo generacional, sino del coloso nacionalismo con que Duarte velaba su obra patria, frente a la obsesión del culto político por entregar el país a Francia o a España, en forma de protectorado. En el Cibao, el día 4 de julio, el general Mella, después de varios días de cabildeos y de reuniones con civiles y militares de mucho prestigio regional, leyó ante las multitudes que aclamaban al modestísimo fundador de la Trinitaria un documento que lo designaba Presidente del joven país, respaldado por muchas firmas. Pero no sin sorpresa de la mayoría rechazó tal designación, no sólo por no traicionar a la Junta gobernante, presidida por Sánchez, sino porque aún no contaba la República con un texto constitucional, en cuya redacción él precisamente estaba empañado. El prócer Mella comprendió las razones jurídicas del Padre de la Patria, y más aún, las reflexiones éticas, pero no pudo ocultar su amargura, pues que en una carta le había escrito al general Sánchez, "llegó mi deseado. Te lo devolveré Presidente".

El día 10 de julio, en Puerto Plata, también recibió en el templo y en las calles, así como en el Ayuntamiento incontables testimonios de admirativa gratitud popular, y la petición para que aceptase la presidencia del nuevo Estado, también mediante documentos solemnemente firmados, pero otra vez rechazó tan alto honor, mediante un mensaje del día 20 de julio en que decía: "sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho, aún exonerado del mando que quereis que obtenga; pero sed justos, lo primero, si quereis ser felices. Ese es el primer deber del hombre; y sed unidos, y así apagareis la tea de la discordia y vencereis a vuestros enemigos, y la patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro: el veros libres, felices, independientes y tranquilos".

Tal fue el origen del segundo revés en el trágico destino del generoso prócer, porque Santana, caudillo militar nato, pero sin la cultura y el civismo de Duarte, no podía soportar la idea de

que otro le arrebatase el primer puesto, de manera que entró a la capital con sus fieles macheteros seibanos y el 15 de julio se apoderó del gobierno, aunque hubo incidentes de notable dramatismo en que por poco pierde la vida el leal y emotivo Juan Isidro Pérez.

Y lo que es peor, los declaró traidor a la patria, mediante una especie de sentencia de la Junta Central Gubernativa, el día 22 de agosto, junto con Sánchez y Mella, Pina, Pérez, Delvalle, Jiménez, Illás, por el horrendo delito de admirar al hombre que habrá entregado su pensamiento y su acción al difícil ideal febrerista.

El tercer contratiempo o golpe del destino ocurrió en Puerto Plata, el día 27, cuando su enemigo Pedro Ramón de Mena llegó en la goleta "Separación dominicana" para apresar, en la casa del noble caballero Dubocq al inerme prócer, para conducirlo en la fortaleza de San Felipe. Hasta allí fue a verlo, con peligro de su vida, el abnegado Juan Isidro Pérez, quien amenazó con tirarse al mar, y ahogarse, si el capitán del "Euryale" no lo dejaba desembarcar en la hermosa urbe atlántica. Muy en breve fueron trasladados a la capital, y encerrados en la Torre del Homenaje, con pesados grilletes en los pies, como si se tratase de foragidos y no de próceres cuyo único crimen fue liberar a sus conciudadanos del yugo de Haití.

El general Santana, con indecible crueldad deportó a quien injustamente consideraba su émulo, Juan Pablo Duarte, a la fría y lejana ciudad alemana de Hamburgo, aún sabiendo que su salud era deplorable. "Ocho los míseros eran- diría más tarde en conmovedores versos nuestro Libertador- que mano aviesa lanzaba- en pos de sus compañeros- hacia la extranjera playa- ellos que al nombre de Dios,- Patria y Libertad se alzarán;- ellos que al pueblo le dieron- la independencia anhelada- lanzados fueron del suelo- por cuya dicha lucharán- Procritos, sí, por traidores- los que de lealtad sobran"... El día 26 de octubre de 1844 llegaron, por fin, a la urbe hanseática, Duarte, Pérez y los hermanos Richiez, donde, por cierto, fueron tratados con fraternal hidalguía, sobre todo por los masones.

Consiguió el prócer volver al Nuevo Mundo, pero no a su

inolvidable terruño sino a Venezuela, vía Saint-Thomas, para juntarse en la patria de Miranda y de Bolívar con su madre doña Manuela, sus hermanas Rosa y Francisca y Filomena, sus hermanos Manuel y Vicente Celestino y los cuatro hijos menores de este último. La familia había sido expulsada el 3 de marzo de 1845, todo por herir aún más, en su exquisito corazón, al nostálgico proscrito. Todos lucían envejecidos y sin ánimo, aunque todos pudieron ser estoicos ante tanta desgracia, que hubiese inspirado a Esquilo uno de sus terribles tragedias, menos Manuel, que para el resto de su vida había perdido la razón.

Por más que nos esforcemos en imaginar el dolor de Duarte al ver a sus deudos en la miseria, sin saber de qué iban a vivir en sueño extraño, sin más esperanza que la Divina Providencia, resultan pobres y a lo mejor prosaicos nuestros atisbos. El cuadro de esa familia, en el caluroso puerto de La Guayra, llorosa y atormentada, sumida en patética perplejidad, debió haber sido digno del pincel de Millet, o de una elegía de Chenier. El más desolado era Duarte, porque sus sueños de libertador habían sido la ruina de los suyos y de sus seguidores como María Trinidad Sánchez, y porque tenía en todo instante que sobreponerse a su íntima congoja, a su deseo de morir, para que la familia no se sumiese en un definitivo marasmo espiritual, en un, como se diría ahora, alienante pesimismo.

Ya instalados todos en Caracas, en modesta casa de la zona colonial, hubo que resolver, día por día, los apremiantes problemas del diario vivir; y es entonces cuando Duarte se nos presenta como un auténtico dominicano ausente, o sea como el dominicano ausente, o sea como el dominicano sin recursos, aunque alimentado psíquicamente por la fe en Dios, el deseo de triunfar honradamente y, sobre todo, el ansia de volver algún día, o aunque sea cada cierto tiempo, al suelo natal, para respirar sus aires, comer sus frutos y oler sus flores, como en los plácidos e inocentes años de la niñez.

Duarte, criado en hogar de comerciante, viendo desde niño, en el almacén de su padre, en la Atarazana, a los marinos de barcos mercantes discutiendo sobre precios de artículos diversos, y hasta ayudando a don Juan José en pequeños cálcu-

los, pudo haber sido hombre de negocio, pero su vocación era la del estudio, como lo notaría su maestro don Juan Vicente Moscoso. Espíritu de profunda y precoz sensibilidad, bastó que un rudo y franco capitán español le echase en cara la ignominia del poder haitiano, la falta de bandera propia, para que jurase libertar a su patria de tales cadenas, lo cual cumplió por encima de todos los obstáculos. Ahora, como dominicano ausente, gracias a las tempranas experiencias de los primeros años, en materia mercantil, pudo realizar algunos pequeños tratos que le permitieron subsistir y alimentar a la familia, aunque, según parece, él siempre se sintió un militar frustrado. Su amor a la milicia (¿no fue acaso el cargo de furrier su primera función pública?), tuvo un tenaz y casi arisco opositor en Pedro Santana, en los incómodos días de Sabana Buey, así como al ser recomendado para la jefatura suprema del Ejército, en mayo del 1844, por más de 50 oficiales, con el grado de General de División.

¿Qué sabemos nosotros, los pobres hijos de Dios, creamos o no en El, acerca de sus designios? ¿De qué hubieran servido al prócer sus conocimientos de táctica y estrategia militares en un país que no era el suyo, aunque contase con amistades de alta jerarquía oficial como el presidente Soublette? Sus modestos conocimientos en materia comercial, en cambio, le dieron habilidad para realizar negocios de poca monta, pero gracias a los cuales no cayó en estado de mendicidad.

Gracias a los apuntes de Rosa Duarte podemos hoy columbrar algunas facetas de Duarte como dominicano ausente, sus penas y pequeñas alegrías, sus recuerdos, por lo común melancólicos, sus iras santas de exiliado, sus luchas, en fin, como fabricante de velas, única fuente de ingresos durante muchos años. Si alguien olvida, o ignora, las virtudes de la mujer dominicana, sólo tiene que recordar la abnegación de Rosa y Francisca Duarte para sufrir junto con su madre las vicisitudes del destierro, sin una sola queja, y ajenas por completo a las ilusiones del noviazgo, prematuramente envejecidas por los golpes de la adversidad.

Por más biografías que se escriban, por más dramas teatra-

les que se representen, por más obras sinfónicas que se compongan para glorificar al Padre de la Patria dominicana y a su familia, nunca podremos darnos una idea de la intensidad de su angustia, al ver sus ideales pisoteados y sus sueños burlados por orcopolitas o ciudadanos del infierno, como él llamaba a sus implacables adversarios. Ni aún el mito de Prometeo encadenado, ni aún el hecho cierto de un Napoleón sin armas y sin amigos en la remota isla de Santa Elena; ni aún la amargura de un Bolívar en Pativilca, fueron más trágicas que el dolor de nuestro Duarte, porque sabemos de su profunda sensibilidad, de su bondadoso corazón, nacido para crear y no para destruir; para amar y no para odiar; para las renunciaciones del asceta y nunca para los goces del sibarita. Un corazón del tamaño de América; y unos ideales del tamaño del mundo.

Quiero, al hablar de esa ausencia, de tanta prosapia como la de Platón en Sicilia y la del Dante en Rávena, dada la calidad de quien la sufría, que veamos al auténtico ser de carne y hueso, que lo bajemos de su pedestal, a fin de comprenderlo mejor. Tuvo, como cualquiera de nosotros hoy, sus penurias e incertidumbres, sus quebrantos y sus horas de pesimismo y, ¿quién puede dudarlo?, sus instantes de mal humor, porque fue un grande hombre, un ser de excepcional pureza, un espíritu recio como el basalto, pero no fue un dios. Como poeta, de tierna inspiración y sencilla rima, siempre romántico, a veces cantó a la mujer y, como Martí, es muy posible que fuera desdeñado alguna vez, ya que el amor de una doncella es caprichoso como un premio de la lotería. Sabemos, también, que sólo cuando cumplió una difícil misión, del 1864 al 1865, una misión entre diplomática y financiera, entraron en sus pobres bolsillos algunos pesos fuertes del Gobierno restaurador, pero Venezuela recién salía de los excesos de una guerra civil y la vida estaba muy cara, por escasez de producción, de manera que el sueldo apenas si le daría para reponer su raída levita o sus rotos zapatos. Imaginemos, pues, y acertaremos, un Duarte pre-tuberculoso, agobiado de tristes recuerdos y con la decepción de no haber peleado, como fue su deseo, en la guerra contra los españoles; fastidiado con las impertinencias del Encargado de Negocios español

López de Ceballos y la parcialidad del presidente Guzmán Blanco al aceptar un capcioso interrogatorio hábilmente contestado por nuestro prócer; preocupado por la demencia de su hermano Manuel y la soledad sin recursos de Rosa y Francisca; molesto, hasta lo indecible, por las imprudencias de su compañero de encomienda diplomática el doctor Melitón Valverde; la angustia por el fusilamiento de Salcedo y por el desacertado envío a Venezuela del general Candelario Oquendo; la frustrada ayuda en metálico del Mariscal Falcón; la ignorancia del Cónsul del Perú sobre las cosas de Santo Domingo;.....“Nunca falta- escribió al Gobierno provisorio el 7 de marzo de 1865 - quien desbarate con los pies lo que yo hago con las manos”..

Esta queja, de sombría pesadumbre, del Fundador de la República, podría ser la de muchos dominicanos ausentes pues ¿quién no ha visto en ocasiones sus proyectos más diáfanos y bien intencionados, reducidos a nada por el egoísmo o el malquerer de algún intruso? Siempre he creído que la mejor manera de que veneremos a Juan Pablo es recordar sus fracasos de antillano Don Quijote, y sentirnos, en nuestras cotidianas aflicciones, y por encima del factor cronológico, sus hermanos menores, o sus hijos (aunque el no tuvo descendientes), hijos espirituales, herederos, no obstante, de sus gloriosas amarguras.

Aquí en Nueva York, y allá en Santo Domingo, cuanto más en Sur América o en Europa, hay miles, millones de personas que sólo ven en Duarte un lejano y borroso Apóstol, un ilustre desconocido, un héroe de historia confusa, sencillamente porque lo han puesto demasiado alto, los manuales y las biografías, aunque hay excepciones. Pero cuando el hombre común, el que vive inmerso en los afanes de cada día sepa que también nuestro Padre de la Patria, casi siempre, anduvo detrás de un jornal para que los suyos no muriesen de hambre, y que también tuvo sueños de felicidad y hambre y sed de justicia, quizás llegue a ser, por fin, tan amado como conocido, al igual que lo es un José Martí, un Domingo Faustino Sarmiento, un Juárez, un Washington, un San Martín, un Bolívar?

Los escasos meses en que Duarte fue diplomático, por voluntad del gobierno restaurador de Salcedo, debieron haber sido

menos dolorosos, ya que un cargo de ministro plenipotenciario se supone que facilita a su titular generoso emulemento. La triste realidad es que tal misión la realizó casi gratuitamente, porque no había dinero en el erario; y que tanto por los desaciertos de Valverde y de Oquendo, como por la magra ayuda del Gran Mariscal, y mala voluntad de Guzmán Blanco, la misión no le dejó sino acerbos pesares, que agravaron sus físicos quebrantos.

Durante los 33 años, (o sea los que vivió Cristo), en que el patricio fue un dominicano ausente, descontando los meses de permanencia en el Cibao, y durante los cuales muchos malos patriotas ignoraron su estada, como si aún fuese un ausente, su conducta fué la de un moderno Catón, la de un Marco Aurelio sin corona; la de un Andrés Bello en Londres, por el estoicismo con que soportó la soledad en el pensamiento y la congoja. Y lo qué más siente, a manera de aguijón, todo desterrado, la nostalgia. Muchos historiadores no han podido explicarse por qué nuestro egregio compatriota se alejó varios lustros de Caracas, hasta pisar casi la frontera con el Brasil, en las hoscas regiones del Apure y el Río Negro, todavía de difícil acceso, no obstante los múltiples medios de comunicación. Yo me permito pensar que el motivo se debió a la nostalgia y, por ende, a la tentación de volver al amado solar nativo, aunque no quería ser manzana de discordia entre los dominicanos. La cercana costa del mar Caribe fue, sin duda, el imán que lo atraía, y huyendo de esa atracción quiso alejarse, pero no para renunciar a todo, sino para luchar con más serenidad por la conquista del pan y por el derecho a la ilusión, que jamás lo abandonó. Gracias en efecto, a las investigaciones que hace y que hará el doctor Pedro Ramón Vásquez, mi ilustre compañero en la Junta directiva del Instituto Duartiano, sabemos ahora que en la ciudad de Achaguas, capital entonces del Estado de Apure y hoy de los más ricos de Venezuela por su enorme cantidad de ganado vacuno, Duarte fue un líder cultural, sumamente apreciado por grandes y pequeños. El Instituto confía en que, como fruto de la próxima visita del doctor y escritor Vásquez a la patria de Bolívar, surgirán nuevos datos en torno a los años en que vivió el prócer en

tan remoto Estado, cuya extensión territorial es casi la misma que la de nuestra isla de Santo Domingo.

Uno de los grandes amigos del patricio, en el Apure, fue el sacerdote Sangení, quien platicaba mucho con él sobre Historia Sagrada y hasta quiso convencerlo de que se ordenase, en vista de sus cristianas y ascéticas costumbres. Lo más probable es que acogiese esta idea con una sonrisa, porque en el fondo de su alma se sentía un militar y si algo anheló fue demostrar su valor en el campo de batalla, desde los días traumáticos en que Santana, por egoísmo o por maldad, frustró sus generosas aspiraciones.

Para los dominicanos ausentes que, por vivir en incómodo apartamiento, y de fatigoso trabajo, quizás mal remunerado, o acaso bajo la férula de vanidoso patrón, se sientan a veces abatidos como Cristo en el Monte de los Olivos, debe ser un consuelo el caso de Duarte y su familia, porque su hogar fue llamado "mansión de dolores" por don Emiliano Tejera, al visitarlo y advertir la miseria en lo material y las tristezas en lo anímico. ¿Qué podría desesperarlos, pues, cuando nada menos que todo un creador de nuevo Estado pudo, a la postre, conservar su dignidad, aunque en ocasiones se prendiese la lumbre en la cocina en horas de la tarde, gracias a la venta de algunos velones fabricados por las manos venerables que habían escrito nuestro primer proyecto de Constitución? "El día que la olvide será el último día de mi vida", murmuraba el prócer aunque tuviese el estómago vacío, y no refiriéndose a la dulce novia con la cual nunca pudo casarse, sino a la Patria, objeto de su ideolatría desde que un rudo capitán español despertó su vocación de civilista.

No en vano escribió Montesquieu, el del espíritu de las leyes, que no hay virtud como la virtud cívica, o sea amar la igualdad, la pobreza y la frugalidad. ¿Qué importó a Duarte no tener empleo, ofrecido por el gobierno venezolano, si su aceptación hubiese sido a costa de renunciar a su nacionalidad? ¿Ni qué angustia habría de causarle una sala sin muebles y un dormitorio sin cómodo lecho y ricas holandas si tales penurias eran supuestos de un buen nombre ante los ojos nunca cerrados de la posteridad? Frugal fue siempre nuestro compatriota, convencido de

que todo despilfarro es vicioso, pues nadie, en verdad, gasta como un loco el peso que ha sabido ganar sensatamente.

La vuelta al lar nativo, que para muchos ausentes es un rito navideño, de intensa alegría filial, fraternal o paternal, aunque sea durante los clásicos días de fines de diciembre y principios de enero, fue en Duarte una dolorosa hazaña, no de bíblico hijo pródigo, ni de Ulises a los castos y fieles besos de Penélope, sino de Jesús a Jerusalem, cuando ya no lo esperaban sino las burlas de los enemigos y el humillante trono en forma de cruz. Ese dominicano ausente, de cuyas magras fuerzas dependía dos débiles hermanas y un loco inválido, al enterarse por casualidad de lo que ocurría en Santo Domingo, o sea la guerra contra los españoles llamados por Santana, hizo entonces algo que podría compararse, en la magnitud del esfuerzo, al cruce de los Andes por Bolívar. Sin un sólo centavo, lleno el cuerpo de anemia y mal cubierto por la raída vestimenta, con el único auxilio de su fe en Dios, resuelve regresar a la Patria irredenta para ser un restaurador más, aunque fuera como soldado raso. Entonces, con febril dinamismo, desde el año 1862, se entrega a una tarea de gigante, despreciando la oferta de la Capitanía General para que gobernase con toda la ayuda del régimen español. Fueron dos años de constante lucha para obtener ayuda del Mariscal Falcón; para frenar la impaciencia de los Pina, los Pérez, los Rodríguez Objío, de Saviñón, de David León, y designa capitanes y coroneles, también, a los Aybar, Valencia y Cestero, en vista del fervor con que le ofrecen, unos, alguna ayuda; y otros, amistoso consejos; vende o casi regala, una casita que era lo único que tenía en Caracas para poder pagar el alquiler del humilde hogar en que reside; dejando- dicen los Apuntes de Rosa Duarte- "a mis queridos hermanos bajo la égida de la Providencia"; nombra al coronel Francisco Saviñón Agente de Negocios en Curazao y demás Antillas; envía saludos a Gautier y a Melitón Valverde; nombró Jefe de su Estado Mayor al coronel Rodríguez Objío; estrecha sus vínculos con el Presidente Falcón; asimismo, con el valiente general Blas Bruzual; designa como agente secreto al capitán León; aprueba la designación del Comandante Alejandro Gazán como Canciller de Saviñón en Cura-

zao; ya en Curazao, el 23 de febrero, alquila un buque del señor José S. Faneyte en 250 pesos y embarca rumbo a Santo Domingo junto con su hermano Vicente Celestino, su tío Mariano Diez y los coroneles Manuel Rodríguez Objío y Candelario Oquendo; son perseguidos, en vano, por el vapor Africa hasta las Islas Turcas; llegan a Montecristi el 25 de marzo donde son recibidos con jubiloso respeto por el joven Jefe de operaciones Benito Monción a cuyo padre habían fusilado los españoles; escribe, desde Guayubín una viril carta para ofrecer sus servicios al Gobierno provisorio encabezado por Salcedo; es acogido jubilosamente por el Vice-presidente Ulises F. Espaillat; lo enteran de un insidioso ataque que le hace el Diario de la Marina, de Cuba, que califica como "un disparate" su regreso a la patria; alentado, pero no deprimido por ese y otro artículo del periódico madrileño La España, acepta el cargo de Ministro plenipotenciario y Agente confidencial en Venezuela, Perú y Nueva Granada....

¡Qué gran dominicano ausente! Nuevo don Quijote, en el ideal, pero muy práctico, sin pizca de Sancho Panza, y muy efectivo, nuevo Bolívar, nuevo San Martín, sacó de la nada los elementos del triunfo y pudo sorprender a quienes lo creían muerto y, otra vez en Sur-América, conseguir más dinero para el Gobierno restaurador, y, sin embargo, morir en la miseria, dejando a Rosa, Francisca y Manuel a merced casi de la caridad de parientes, amigos y vecinos. Esto sólo pudo optar por el título de abogado por no dejar de pensar en la libertad de los dominicanos; ni ser rico fácil por amar la vida difícil. La vida- escribió un político inglés- es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan. Duarte fue todo sentimiento, desde sus años de infancia, cuando regalaba libros y daba lecciones a sus amigos, hasta las tres de la madrugada del año 1876, cuando cruzó el umbral de la muerte para entrar en el vasto salón de la gloria.

Raro será encontrar un dominicano que no tenga el alma alta y la imaginación luminosa, dijo Rubén Darío. Ese muerto no ha muerto- dijo Andrés Mata ante la tumba de Pérez Bonalde. Para rendir tributo, ninguna voz es débil- dijo José Martí.

Nadie es grande impunemente dijo Simón Bolívar. Apliquemos todos esos pensamientos a Duarte, porque en todos encaja su romántica, su perenne, su arrobadora y grandeza...

N. de R. —Estos fueron los puntos básicos de la charla ofrecida en la Casa de España de Nueva York el día 30 de enero, 1985, como Delegado del Instituto Duartiano, en la feliz ocasión de la Semana dedicada por el Alcalde Koch al Fundador de nuestro país.

LAS ENSEÑANZAS CIVICAS DE DUARTE

Enrique Patín Veloz

INTRODUCCION

Juan Pablo Duarte nació el 26 de enero del 1813 en la ciudad de Santos Domingo, y después de hacer sus primeros estudios en ella, marchó a Europa, a mejorar sus conocimientos, y de allí regresó con la idea de independizar la Patria, que se hallaba sometida a Haití.

Hizo una intensa campaña para ganar prosélitos. Fundó tres sociedades: La Trinitaria, La Filantrópica y la Sociedad Dramática, que lo ayudaron en su obra. Contribuyó al derrocamiento del régimen haitiano de Boyer, y formó parte del gobierno de Charles Riviere, que sustituyó al anterior.

Descubiertas sus actividades independentistas, tuvo que abandonar el país, al que regresó el 14 de marzo del 1844, una vez proclamada la Independencia, el 27 de febrero del mismo año, gracias a los esfuerzos de Sánchez y de otros patriotas. Fue recibido triunfalmente y se le hizo vocal de la Junta Gubernativa, que gobernaba la República, y comandante del Departamento de Santo Domingo.

A poco de regresar, entró en conflicto con Pedro Santana, jefe del Ejército del Sur, que era uno de los principales caudillos del bando o partido conservador, de tendencias colonialistas o anexionistas.

Como dicho partido se había adueñado del poder, y Bobadilla, el jefe de la Junta, era derechista, conservador o anexionista, y estaba empeñado en convertir la recién nacida República en un protectorado francés, Duarte, ante el peligro que esto representaba para el triunfo de sus ideales independentistas, encabezó una sublevación que destituyó a varios miembros de ella y los reemplazó por otros, liberales o izquierdistas, que eran opuestos, como él, a toda anexión o protectorado.

La nueva Junta envió a Duarte al Cibao a obtener el apoyo de aquellos pueblos y del Ejército del Norte. Estos proclamaron a Duarte presidente de la República, pero Santana protestó contra esto, y apoyado por el Ejército del sur, se sublevó contra la Junta Gubernativa. La disolvió y la sustituyó por otra integrada en su casi totalidad por personas de su mismo partido, y presidida por él.

Tan pronto se consideró dueño de la situación, dispuso el apresamiento de Duarte y de los que lo habían apoyado en su proclamación presidencial. Este no apeló al Ejército del Norte.

Quiso evitar una guerra civil, que el enemigo hubiera podido aprovechar, y se dejó apresar por Santana, que hizo que la Junta lo declarara traidor a la Patria y lo expulsara del país.

Duarte estuvo muchos años en Venezuela, donde fijó su residencia, y durante todo ese tiempo se mantuvo ajeno de la política, pero al enterarse de la anexión a España, protestó contra la misma. Preparó una pequeña expedición, que desembarcó en Montecristi, y ofreció sus servicios al gobierno restaurador.

Al saber que se afirmaba que su presencia iba a contribuir a la desunión política de los restauradores, aceptó el cargo diplomático que anteriormente había declinado. El gobierno restaurador lo nombró su representante en el exterior, y le dio la misión de obtener el apoyo de Venezuela, y de otros países hermanos, en su lucha contra España. Duarte laboró con ahín-

co, pero no pudo conseguir para la causa restauradora el apoyo americano que ésta necesitaba.

Después de logrado la Restauración, se quedó en Caracas, donde murió el 15 de julio del 1876.

Méritos:

- 1ro. El haber sido el fundador de la República Dominicana.
- 2do. Su lucha contra el imperialismo y el colonialismo.
- 3ro. El haber sido apóstol del nacionalismo, del independentismo, de la democracia y de la justicia social.
- 4to. El haber fundado el ejército nacional.
- 5to. El haber sido uno de los próceres más puros de América.

Defectos:

- 1ro. La exageración de sus virtudes.
- 2do. Su exceso de idealismo.
- 3ro. Sus dudas o vacilaciones.

Errores:

- 1ro. No haber sabido convertir su liderazgo patriótico en político.
- 2do. No haber aprovechado la oportunidad que le deparó Mella al proclamarlo presidente.
- 3ro. Su alejamiento material y espiritual, durante veinte años, de la patria que fundara.
- 4to. Su distanciamiento de la clase económica dominante.
- 5to. El no haberse dado cuenta de que el pueblo dominicano del 1844 no estaba preparado para asimilarse el liberalismo burgués.

Enseñanzas Sociales

La concordia social. Duarte abogó siempre por la unión de los dominicanos y jamás quiso ser motivo de discordia entre ellos. Es cierto que la concordia que todos conocemos induce a la unión con nuestros semejantes, pero la concordia duartiana nos exige más ya que nos incita hasta llegar al sacrificio personal, si es necesario, con tal de conseguir o preservar la unión.¹

La fraternidad racial. La fraternidad racial nos induce a amar fraternalmente a los hombres de nuestra misma raza, pero Duarte es partidario de una fraternidad racial que nos haga amar como a hermanos a los hombres de todas las razas. Por eso dijo que debía abolirse para siempre la aristocracia de sangre, por considerarla contraria a la unidad de la raza, y deseó que “los blancos, los morenos, los cobrizos y los cruzados le mostraran al mundo que eran hermanos”.²

La justicia social. Todos sabemos que la justicia nos induce a darle a cada cual lo que en derecho le pertenece, pero Duarte va más lejos, y la considera como el primer deber del hombre y el fundamento de la felicidad social.³

La Unión de clases. Duarte, por su formación liberal, democrática y republicana, nunca fue clasista. Jamás se mostró partidario de que hubiera una clase que tuviera privilegios políticos o económicos y su afán de justicia, de libertad y de concordia, lo llevó a desear la unión de todos los dominicanos, sin tomar en cuenta la clase a que pertenecieran.⁴

Enseñanzas Políticas

El respeto a la ley. Duarte no sólo pensó en independizarnos sino que hizo un proyecto de constitución para que rigiera nuestra vida política, en caso de ser aprobado, y en él considera que la ley, salvo las restricciones del derecho, debe ser conservadora y protectora de la vida, la libertad, el honor y las propiedades del individuo, y como cree que es la regla a la cual deben acomodar sus actos así los gobernantes, considera

que debe ser respetada, para que pueda reinar el derecho, la justicia, la fraternidad y la concordia.⁵

La honestidad política. La honestidad política nos inclina a ser morales en lo político y a manejar con honradez las cosas del Estado, pero Duarte va más lejos, ya que pretende que la actividad política se ejerza con desinterés económico, justicia y patriotismo.

Tener honestidad política, a la manera de Duarte, equivale a considerar la política como una de las más nobles actividades humanas y a detestar la inmoralidad política así como el enriquecimiento ilícito, por ser cosas indignas de un buen dominicano.⁶

El amor a la libertad. El amor a la libertad nos induce a oponernos a todo lo que de un modo o de otro nos esclavice, pero el amor a la libertad, a la manera de Duarte, nos impulsa a quererla de tal modo, que se despierte en nosotros la más alta veneración y el mayor respeto por la misma. El amor duartiano por la libertad nos impulsa a amarla de tal manera que nos sintamos obligados a vivirla en el pensamiento, en el sentimiento y en la acción, haciendo que la consideremos como lo más preciado de la vida.⁷

Enseñanzas Patrióticas

El amor a la Patria. Duarte nos enseñó, con su ejemplo, a querer la patria con amor invariable, con entrega total y con el absoluto empeño de beneficiarla en todo lo posible.

Amar la patria, con amor duartiano, es sentirse dispuesto a sacrificar en provecho de ella, el sosiego, la fortuna, la salud y la vida, con el más absoluto desinterés.⁸

La fe en el pueblo. Muchos dominicanos carecen de fe en su pueblo y su destino. En cambio, Duarte tuvo una fe absoluta en ellos. Debemos imitarlo en eso y poseer la convicción de que a pesar de sus defectos, tiene cualidades que pueden convertirlo en un gran pueblo, que gobernándose con acierto, puede llegar a ser dueño de su propio destino.⁹

La integridad nacional. Duarte siempre quiso que el pueblo

dominicano fuera dueño absoluto de su propio destino y jamás admitió ninguna nación extranjera. Por eso, siempre que se trate de conservar o defender lo nuestro de intromisiones extrañas, siempre que se trate del derecho que nos asiste a ser los dueños de nuestro propio destino, volvamos la vista a Duarte y en él hallaremos la orientación nacionalista adecuada.¹⁰

NOTAS

- 1) Respaldada esta enseñanza de Duarte A) Su llamamiento a la concordia en su alocución a los puertoplateños, a los que pide que sean unidos para que apaguen la tea de la discordia. B) Sus sacrificios en aras de la unión de los dominicanos en el 1844 y en el 1864. C) Su declaración de haber sido siempre motivo de amor entre los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo ni manzana de discordia (Cartas a Espallat en el 1864) D) Sus ejemplos de concordia familiar y trinitaria.
- 2) Sirven de apoyo a esta doctrina: A) La declaración citada extraída de la poesía de Duarte intitulada "El Criollo" ("Apuntes de Rosa Duarte", Pág. 289, Edición del Instituto Duartiano, Sto. Dgo., 1970). B) Su aceptación de Sánchez entre los trinitarios y su amistad fraternal con el mismo y con los hermanos Puello. C) La ausencia de declaraciones racistas de Duarte, ni siquiera contra los haitianos. D) El significado de nuestra bandera, atribuida a Duarte, que según los historiadores simboliza la unión de todas las razas por los vínculos del cristianismo.
- 3) Apoya esta enseñanza A) Su concepción de la justicia expuesta en su alocución a los puertoplateños, B) Su declaración de que la nación dominicana no es ni puede ser jamás el patrimonio de familia ni persona alguna, propia ni mucho menos extraña (Proyectos de Constitución). C) Su indignación ante el hecho de que Santana pudiera disponer a su antojo, por espacio de más de veinte años, "del honor, de la vida y de las propiedades de los mejores servidores del pueblo". (Carta a Félix Ma. Delmonte, en el 1865). D) Su declaración según la cual el buen dominicano tiene hambre y sed de justicia ha largo tiempo, y si el mundo se la negare, Dios, que es la suma bondad, sabrá hacerla cumplida y no muy dilatado...". (idem).
- 4) Sirve de fundamento a esta doctrina de Duarte: A) Sus convicciones democráticas y republicanas. B) Su oposición a la oligarquía. C) Sus convicciones liberales. D) Su amor a la concordia. E) Su declaración de que la Ley no reconocería más nobleza que la de la virtud, ni más vileza que la del vicio, ni más aristocracia que la del talento, quedando para siempre

abolida la aristocracia de sangre como contraria a la unidad de la raza. ("Apuntes de Rosa Duarte", Pág. 146, Edición del Instituto Duartiano, Sto. Dgo., 1970).

- 5) Respalda esta enseñanza de Duarte: A) Su preparación de un proyecto de constitución, que parece que no llegó a terminar, para que rigiera la vida social y política de los dominicanos. B) Su declaración de que la ley es la que da al gobernante el derecho de mandar e impone al gobernador la obligación de obedecer: de consiguiente, toda autoridad no constituida con arreglo a la ley es ilegal y por tanto no tiene derecho alguno a gobernar ni se está en la obligación de obedecerla. C) Su afirmación de que todo poder dominicano está y deberá estar siempre limitado por la ley y ésta por la justicia.
- 6) Sirve de apoyo a esta doctrina de Duarte: A) Su declaración de que la política no era una especulación. B) Su negativa en el 1844 y en el 1862 a sacarle provecho económico a España, por su labor independizadora. C) Su resolución de devolverle a su familia el préstamo que le solicitara, en el 1844, con la ayuda de su trabajo comercial. D) Su renuncia a reclamar ayuda económica por sus sacrificios. F) Su ausencia de ambiciones políticas. G) Su apartamiento de las intrigas partidaristas. H) Sus sacrificios por la concordia política. I) Su renuncia a la misión política que el gobierno restaurador le encomendara en Venezuela, alegando que por el mal estado en que se hallaba su salud, se exponía "a gastar en medicinas y facultativos los fondos que a su disposición se pusiesen para el viático..." (Carta al gobierno Restaurador en el 1864).
- 7) Respalda esta enseñanza de Duarte: A) Sus sacrificios por la libertad del pueblo dominicano. B) Su concepto de que el hombre libre debe preferir la muerte a vivir como esclavo. C) Su afición al liberalismo. D) Su concepción de la libertad como uno de los tres principios del Estado dominicano. E) Su admiración por el pueblo haitiano por su valor y su amor a la libertad.
- 8) Apoyo esta doctrina de Duarte: A) Su entrega total a la patria, hasta el extremo de identificarse con ella. B) Su declaración de que su pensamiento, su alma y él totalmente, no le pertenecían porque su carisma patria absolvía su mente, llenaba su corazón y sólo vivía para ella ("Apuntes de Rosas Duarte"). C) Su enunciado de que sin patria era mejor no vivir y de que por ella era honroso morir. D) Su declaración de que por desesperada que fuera la causa de su patria, siempre sería para él la causa del honor y siempre estaría dispuesto a honrar su enseña con su sangre. (Idem). E) Las persecuciones, cárceles, ingraticudes, desprecios, destierros, miserias y abandonos que tuvo que soportar por su labor patriótica. F) Su declaración del 1865 de que su corazón aún permanecía abierto al amor de la

patria y de que se hallaba aún dispuesto, como en los primeros días de su adolescencia, a sacrificarlo todo en aras de la patria. (Carta a Félix Ma. Delmonte).

- 9) Sirve de prueba a esta enseñanza de Duarte: A) Su confianza de que el pueblo, representado por "los buenos dominicanos", como decía el propio Duarte, entendía y seguía sus ideas. B) Su fe en el amor a la libertad del pueblo dominicano. C) Su declaración de que el pueblo dominicano era "heroico hasta el sufrimiento y. . . digno de mejor suerte. . ." (Carta a Félix Ma. Delmonte, 1865). D) Su labor patriótica y política es una prueba de su fe en el pueblo dominicano, porque si no hubiera tenido fe en éste, no se hubiera dedicado en cuerpo y alma a hacerlo libre y feliz.
- 10) Respalda esta doctrina de Duarte: A) Su declaración de que "nuestra patria ha de ser libre o se hunde la isla" y la de que "su gobierno es y deberá ser siempre, y antes de todo, propio, y jamás ni nunca de imposición extraña, bien sea ésta directa o indirecta, próxima o remota". (Carta del Ministro de Relaciones exteriores, Teodoro Henekén, en el 1865 y Proyecto de Constitución). B) Su declaración de que "siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la ley suprema del pueblo dominicano es y será siempre su existencia política como nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera..." (Proyecto de Constitución).

DISCURSO DE INGRESO AL INSTITUTO DUARTIANO

LA GESTA DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL Y SU CREADOR

JUAN PABLO DUARTE

Por: Frank A. Roca F.

Agradezco profundamente al Doctor Antonio Frías Gálvez y a los demás buenos amigos miembros del Instituto Duarteño, su amable gesto de acogerme en el seno de esta augusta y respetable casa, en la que desde que se traspasan sus ancianas puertas frontales, se percibe una atmósfera de templo sagrado que invita al recogimiento solemne y excita las fibras más sensibles del sentimiento nacionalista.

Tan elevadas sensaciones alcanzan hoy para mí su máxima expresión emotiva, al caberme el honor de ingresar a esta benemérita institución, en la significativa fecha en que conmemoramos la fundación de la Trinitaria.

Porque el Instituto Duarteño es una continuación de la Trinitaria. Una Trinitaria de vigencia permanente, que perdura en el tiempo para exaltar ante las nuevas generaciones dominica-

nas la figura inmortal de Juan Pablo Duarte y para preservar contra los factores que intenten desintegrarlo, aquellos valores inmanentes de la nacionalidad dominicana que Duarte concibió, predicó y sostuvo estoicamente, purificándolos en el crisol de su abnegación y su sacrificio excepcionales.

Dice el escritor norteamericano Samuel Hazard que al observar los trazos del rostro de Cristóbal Colón en los distintos retratos y óleos que se han hecho sobre el Gran Navegante, le sorprende que siempre aparece como una persona de faz serena, de aspecto maduro, siendo la forma como los pintores lo han visto; sin embargo, agrega Hazard, cuando se lee el diario de Cristóbal Colón, su Diario del Descubrimiento, parece que está escrito por un joven de arrobado temperamento romántico, sobre todo cuando se refiere a la Isla de Santo Domingo, ya que expresándose sobre nuestra Isla, Colón le escribía a los Reyes Católicos de esta manera: "Juro a vuestras majestades que no hay en el mundo una nación mejor ni mejor tierra"; y refiriéndose a sus indígenas, decía: "aman a sus vecinos como a ellos mismos y su discurso es siempre dulce, tranquilo y acompañado de una sonrisa, y aunque es verdad que andan desnudos, incluso sus modales son decorosos y dignos de elogio".

Dice Hazard también que fué muy significativo que el Descubridor donde primero fundó una colonia fué precisamente al norte de la Isla de Santo Domingo, dándole a ésta el nombre de Hispaniola, que significa pequeña España, muy posiblemente porque era la ínsula de su mayor preferencia y se le parecía mucho a las más bellas provincias de Andalucía "La Española- escribía Colón a los Reyes católicos, según cita de Moisés de Soto Hijo, es maravilla, las sierras y las montañas, y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar.. los puertos de la mar aquí no había creencia sin vista".

Corriendo el tiempo, la Isla de Santo Domingo, bajo el poder de España, llegó a ser una tierra codiciada por potencias extranjeras. Como señala Don Pedro Troncoso Sánchez en su interesante trabajo "Evolución de la Idea Nacional", desde mediados del siglo XVI, época en que las potencias europeas

empiezan a rivalizar y a guerrear con España. Todas las sacudidas de la política europea se reflejan en la Isla de Santo Domingo y en las posesiones de España en ultramar. Algunas manifestaciones del marcado interés por nuestra isla son las siguientes: En el año 1655, Oliverio Cromwell, gobernando en Inglaterra, ordena una expedición al mando del Almirante Penn y del General Venables para conquistar la Isla y quitársela a España; pero la invasión inglesa es valerosamente rechazada por los españoles y los criollos insulares. En la segunda mitad del siglo XVI, Francia se apodera de la parte occidental de nuestra Isla, pasando desde la adyacente Isla de la Tortuga a la Tierra Firme de la parte occidental, quedando la Isla dividida en dos partes: el Santo Domingo español, ocupando las dos terceras partes, y el Saint Domingue francés, ocupando la otra tercera parte.

En 1802, Napoleón envía al General Leclerc al mando de una triunfante expedición para arrebatarle a España el Santo Domingo español, y la Isla entera pasa ser posesión francesa. En 1804 dos años más tarde, los criollos de la parte occidental se independizan de Francia, naciendo la República de Haití. Unos años más tarde, en 1809, los criollos de la parte oriental se sublevan contra la dominación francesa y recuperan la parte oriental otra vez para España*; era evidente que para esa época no había un sentimiento nacionalista, no había un ideal de independencia sino que "la Reconquista" como se llamó al movimiento encabezado por el criollo Juan Sánchez Ramírez fue una reacción de la estirpe: recuperar la tierra para la madre patria. Dice el Licenciado Rafael Augusto Sánchez que la estirpe alcanzó temporalmente el camino a las ideas políticas que inquietaban el mundo americano a fines del siglo XVIII y llevó al núcleo hermano de la colonia por los caminos del retorno a España, en el instante en que se iniciaba el rompimiento entre la Metrópolis y sus colonias más importantes del Continente con el inicio de la independencia suramericana; en este sentido, la estirpe retardó el avance y el nacimiento de las ideas republicanas

* Pedro Troncoso Sánchez, "Evolución de la Idea Nacional", publicaciones del Museo del Hombre Dominicano, 1970.

porque fué fuerza que al mantener las tradiciones arraigó fácilmente en aquellas almas de colonos y los empujó por los caminos del retorno al origen”, termina apuntando el Licenciado Sánchez.

A raíz de la triunfante guerra de la Reconquista liderada por Juan Sánchez Ramírez, tiene lugar el 13 de Diciembre de 1809, “un acto político sin precedentes en la parte oriental de la Isla: La Asamblea de Diputados de Bondiño. sin lugar a dudas apunta Don Pedro Troncoso Sánchez- nuestro primer congreso nacional. Fué un acontecimiento -agrega Troncoso Sánchez- que caracterizaba la existencia de una conciencia nacional, era una definición del destino del país, fué un acto de soberanía”; pero evidenció por sus motivaciones y decisiones que aún no había un ideal de independencia nacional. Los asambleístas de Bondiño consideraron que “el mérito de Sánchez Ramírez fué ser el caudillo y autor de la gloriosa empresa de librar al pueblo dominicano del yugo de Napoleón, emperador de los franceses”. Aquellos 17 diputados, procedentes de los principales pueblos del país resolvieron soberanamente reconocer por “legítimo rey y señor natural de los dominicanos a su majestad Fernando VII, y a la Suprema Junta Central de Sevilla, en quien residía la real autoridad”. Se reafirma pues, aquí, la vuelta a la estirpe.

Así las cosas, al recuperar España nuestra Isla, varias circunstancias se conjugan para crear una situación política difícil en la colonia de la parte oriental en el lapso comprendido entre 1809 y 1821; entre esas circunstancias podemos citar las siguientes: Primero, España estuvo en situación de guerra con Francia hasta el 1813, conflagración que no fué venturosa para sus armas, forzándola a descuidar sus colonias de ultramar. Segundo, “la presión de la lucha generalizada por la independencia que sostenían las posesiones españolas en América, lo que contribuía indirectamente a empeorar la situación económica en la colonia de Santo Domingo, a la vez que hacía germinar por contagio en algunos cerebros las ideas de independencia, discutiéndose en las tertulias de intelectuales los pro y los contra de los radicales cambios en que se hallaban empeñados otros pue-

blos del Hemisferio". Tercero, el gobierno insular despótico del Brigadier Carlos Urrutia y Matos, a quien popularmente se bautizara con el denigrante apodo de Carlos Conuco, viejo soldadote de ásperos carácter, avaro, sumamente autoritario, que comerciaba con el trabajo forzado de los criollos que cometían delitos menores, y quien fuera gobernador de la colonia de 1813 a 1817. Cuarto, la revolución Liberal Española de 1820, que puso al Rey Fernando VII en la necesidad de transigir con los revolucionarios aceptando su programa y la Constitución de 1812, generó gran regocijo en los criollos insulares, envolviendo en la política colonial de Santo Domingo al catedrático universitario y a la sazón Auditor de Guerra, José Núñez de Cáceres. Y Quinto, auspiciados por su presidente Jean Pierre Boyer, los haitianos fomentaban en la región fronteriza la idea de unificación política de la Isla, incitando a los criollos a rebelarse contra España para someterse a su domicilio, provocando que en algunas poblaciones fronterizas menudearan manifestaciones antiespañolas que causaban alarma". Todo ello pareció convencer a José Núñez de Cáceres de que "la generalidad de la población aspiraba a cualquier cambio político con la esperanza de mejorar su crítica situación, y que en tal estado de ánimo no era difícil inclinarla a la unión con Haití.... Por lo que urgía despertar en ella el sentimiento de la propia dignidad y de su fuerza para llevar a cabo una revolución que la independizara de toda tutela, haciéndola árbitro de su suerte". El resultado: el 1ero, de Diciembre de 1821, Núñez de Cáceres proclama la independencia de la parte oriental, llamándola el Estado Independiente de Haití Español y colocándolo bajo la protección de la Gran Colombia de Bolívar. Ya había un ideal de independencia; pero todavía no había un sentimiento efectivamente nacionalista.

Dice Alcides García Lluberes que "el 1ero. de Diciembre de 1821 fue algo visiblemente improvisado. No hubo previa e insistente propaganda doctrinaria; se prescindió totalmente del indispensable proselitismo".

Don Víctor Garrido, en su obra "Espigas Históricas", analiza los hechos de ese momento histórico. Garrido sostiene que:

- A.- Santo Domingo no estaba en las condiciones de defenderse de nadie;
- B.- Carecía de recursos militares y económicos y no tenía a quien pedir ayuda.
- C.- Haití deseaba apoderarse de la parte española del Este, desde que se consignó en su Constitución la indivisibilidad de la Isla;
- D.- Nuestras fronteras del Sur y del Norte venían siendo objeto de sonsaca con ofertas de dádivas y empleos y con amenazas encubiertas para el caso de resistencia a la invasión;
- E.- El movimiento revolucionario de Núñez de Cáceres no contaba con el respaldo unánime de los naturales del país, divididos entre sus adeptos, que eran los menos, los que deseaban continuar bajo el régimen español, los que querían la independencia absoluta y los que preferían la unión con Haití; y
- F.- La ayuda solicitada a Bolívar era problemática....En cambio, Boyer, agrega Garrido, tuvo la suficiente paciencia para esperar los acontecimientos que vislumbraba y capitalizarlos en su provecho...Contaba con los siguientes elementos:
 - a) Un poderío militar y económico sostenido por fuerzas militares veteranas de una larga guerra de independencia; pero supo esperar que se verificara la unión del Sur y del Norte y que el país se pacificara;
 - b) Aparentó respetar la posesión española y mantuvo buenas relaciones diplomáticas con sus autoridades, negando siempre las acusaciones que se le hacían; y
 - c) Mantuvo en las fronteras de nuestro país una propaganda sistemática, sin dar la cara, favorable a la unión con Haití, y cuando Núñez de Cáceres rompió el vínculo que unía nuestro país a España le encontró indefenso y sin amparo, y mintiendo amistad, se apoderó sin un disparo de la posesión que ya no era española," termina Don Víctor Garrido.

Comenzaba así la larga dominación haitiana'

Retrocediendo unos años, el 26 de Enero de 1813 nacía en Santo Domingo, Juan Pablo Duarte. Siendo un tierno adolescente, Duarte es enviado por sus padres en viaje de estudios a Europa, pasando por New York, y se maravilla de las grandes cosas que observa en esta urbe, en Londres, en París, en Hamburgo, y en Barcelona; aprende el inglés, el francés, la lengua latina en Barcelona, donde más tiempo permanece; hace estudios de filosofía, de literatura, de humanidades y de matemáticas, y regresa a su lar nativo en 1832, ya un joven de 19 años; y cuando es recibido por sus jóvenes amigos y por su antiguo maestro Manuel María Valverde, éste le pregunta: ¿Qué fué lo que más te impresionó en tu viaje por Europa? y Duarte le responde: "La lucha que se libra en Barcelona por conquistar los fueros y libertades de Cataluña; fué lo que más hondo me afectó; porque nosotros también tenemos fueros y libertades que conquistar, nuestro derecho a vivir libres y gobernarnos a nosotros mismos, nuestro derecho a tener un nombre y ostentarlo ante el mundo, yo he venido a consagrarme a luchar por la conquista de ese derecho nuestro y necesito la colaboración de todos". Y el Dr. Valverde, médico, su antiguo maestro, le dice: "si vienes a dirigir esa lucha cuenta conmigo", y en ese momento ya Duarte tenía el primer adepto en su propio maestro para la lucha por la independencia. Esto ocurre en 1832; de esta fecha hasta 1838, se dedica a enseñar a sus amigos, a los jóvenes que de tarde en tarde visitaban el almacén de su padre en la calle de la Atarazana; allí les imparte todo lo que había aprendido, y a los más preparados les enseña filosofía y literatura. Descubre una tarde que su gran amigo José María Serra es el autor de unos libelos que circulaban clandestinamente por Santo Domingo, contentivos de propaganda contra el régimen haitiano y se une a él en esta peligrosa misión, lo que permite aumentar la producción de los pasquines, extendiéndose su difusión por campos y poblaciones de San Cristóbal, Baní y Azua.

A medida que Duarte, perteneciente a una familia de alta clase media, va ganando confianza en la juventud le va infun-

diendo sus ideas, las cuales encontraban terreno fértil en estos jóvenes miembros de las familias criollas, cuya extracción social era de clase media, estrato "en gran parte ganado por la prédica del ideario liberal y nacionalista" del extraordinario joven que se erguía como líder auténtico de la juventud dominicana de la época. Además, en el seno de los hogares de estos jóvenes había preocupación y temor. Esa preocupación y ese temor eran por demás fundados. Dice Don Federico Henríquez y Carvajal que "durante el régimen despótico de Boyer,...ni aulas, ni prensa, ni tribuna, podían dar señales de vida. Sólo alguna que otra vez dejábase oír la voz del clero, en el público, para edificación de los fieles, con alguna alusión más o menos transparente a los gajes abusivos de aquel régimen. Santo Domingo había perdido su preeminencia de capital i metrópoli. Puerto Príncipe imponía la suya a toda la isla unificada bajo la enseña bicolor haitiana... la mísera educación pública, elementalísima, se refugió en su primitiva morada: la sacristía, o la casa parroquial...En algunos hogares solía aparecer en forma de cursos especiales. No faltaban profesores que dieran clases a domicilio. Individuos del clero, por lo común, subvenían a la necesidad de instruirse que una parte de la población, en escaso número, sentía en su abandono i en su ignorancia; pero la decadencia de la enseñanza media i superior llegó a su extremo," concluye Don Federico. Por otra parte, Haití había firmado un acuerdo con Francia en 1825, mediante el cual se comprometía al pago de 150 millones de francos, como indemnización por los daños sufridos para que Francia reconociera la independencia de su antigua colonia; suma que en 1838 fué rebajada a 80 millones de francos. Para poder atender a este oneroso compromiso, el gobierno de Haití estableció excesivos impuestos a cargo de sus dominados del Este. Como los pagos del acuerdo no se efectuaban con regularidad, desde 1841, aconsejada por su Cónsul Levasseur, Francia presionaba a Haití con intentar apoderarse de la Bahía de Samaná, en recompensa por los incumplimientos de su deudora. Asimismo, estaban presentes las presiones que con ropaje legal venía ejerciendo el Presidente Boyer para que los propietarios de tierras de la parte del Este sometieran sus títulos de propie-

dad a la fiscalización de las autoridades interventoras y se efectuara la medición, mensura y deslinde de las mismas, que eran en su mayoría terrenos comuneros, con la aparente finalidad de proveerlos de un nuevo título "actualizado."

El trasfondo de estas medidas obedecía a la inconformidad ambiciosa de los dominadores, que sólo habían podido apoderarse por arbitraria confiscación de las tierras de los criollos de la parte del Este que abandonaron la Isla al estallar la dominación en 1822, así como los terrenos que habían pertenecido a la Iglesia desde los tiempos coloniales.

¿Cuáles eran las ideas que Duarte diseminaba entre sus amigos?

Les hablaba de esta manera: "Nada hacemos con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental... En vez de continuar excitando al pueblo como hasta aquí, menester es formar una sociedad que se llamará La Trinitaria.... Entre los dominicanos y los haitianos no es posible una fusión.... Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que recorriendo las páginas de su historia lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes: el amor a la libertad y el valor; pero los dominicanos, que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre, lo habrán hecho sólo para sellar la afrenta de que en premio de su sacrificio le otorguen sus dominadores la gracia de besarles la mano... Si los españoles tienen su monarquía española y Francia la suya francesa, si hasta los haitianos han constituido la República Haitiana, ¿por qué han de estar los dominicanos sometidos ya a la Francia, ya a España, ya a los mismos haitianos, sin pensar en constituirse como los demás?... Estas eran las ideas que Duarte les iba infundiendo a sus discípulos. Cuando obtuvo los de mayor confianza, el 16 de Julio de 1838, funda secretamente la Sociedad La Trinitaria y escoge precisamente el 16 de julio porque entre los cristianos es el día dedicado a conmemorar el triunfo de la Santa Cruz; para Duar-

te, la cruz tenía una especial significación: “no es la cruz, decía, el signo del padecimiento, es el símbolo de la redención.” Por eso concibió la cruz en nuestra Bandera. Y en casa de Chepita Pérez, se reúnen los nueve fundadores de la Sociedad La Trinitaria: José María Serra, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Benito González, Félix María Ruíz, Jacinto de la Concha, Juan Nepomuceno Ravelo y Felipe Alfau, encabezados por Duarte.

¿Cuáles eran las edades de estos jóvenes?

Es significativo hacer constar el dato porque evidencia la tierna existencia biológica del grupo. Serra: 19 años; Pérez: 21 años; Pina: 17 años; González: 27 años; Ruíz: 23 años; de la Concha: 19 años; Ravelo; 23 años; Alfau: 29 años y Duarte: 25 años.

Juan Pablo Duarte creó La Trinitaria al estilo de una logia masónica, porque era masón, al igual que Félix María Ruíz; se inspiró en la organización masónica y le imprimió un carácter parecido a La Trinitaria. El mismo nombre de Trinitaria escogido por él, se deriva de la palabra Trinidad y del número tres, número de singular importancia en la masonería.

Lógicamente, la Sociedad tenía que ser secreta, como lo es el secreto masónico. En esa misma primera reunión, los trinitarios hicieron el solemne juramento de separar definitivamente a nuestro pueblo del gobierno haitiano y fundar una República soberana e independiente de toda dominación extranjera que se llamaría República Dominicana. También los iniciados en la masonería hacen un formal y solemne juramento de lealtad y fidelidad a los principios de la orden. En el juramento de los trinitarios, Duarte previó el diseño de la Bandera Dominicana, la misma bandera en esencia que hoy orgullosamente flamea en todas las astas del país. Los trinitarios utilizaron señas y seudónimos para identificarse; los masones cuentan con toques y palabras sagradas que guardan en la intimidad de su conciencia para reconocerse y hacer de estos símbolos un uso fecundo. El seudónimo de Duarte era Arístides; Benito González era Leonidas; Felipe Alfau era Simón; el seudónimo de Juan Nepomuceno

Ravelo fué Temístocles; correspondía a Juan Nepomuceno Tejera llamarse Emiliano. Andando el tiempo, varios trinitarios adoptaron en el seno de la patriótica asociación; de ahí, a guisa de ejemplo, los ilustres nombres de Temístocles Ravelo y Abréu y de Emiliano Tejera y Penson.

Como era necesario aumentar el número de adeptos, la labor proselitista, forzada a hacerse con el mayor cuidado, cumpliósse en la forma en que Duarte se lo explicara a su gran amigo Félix María Delmonte: "mira, hijo, este círculo, éste es el centro y estos son los medios, cada extremo de un radio representa un miembro de la Asociación que debe iniciar dos, sin que sepan del centro ni de los demás grupos de radios. Si hay traición, perece uno; pero la Asociación sigue incólume."

De 1838 a 1843 continúa la labor de proselitismo y las actividades preparatorias de los Trinitarios. Duarte, conciente de que necesitabas preparación militar, porque hoy posiblemente iba a ser necesario el empleo de la fuerza, se había alistado en 1834 como cabo de la Guardia Nacional, un cuerpo que había creado el dominador haitiano como reserva de su ejército. Duarte llega a obtener por elección el grado de Capitán. Pudo haber sido Coronel del Regimiento de Infantería de Santo Domingo, que era una posición a la que también se llegaba por elección de los compañeros de armas; pero ya las autoridades haitianas empezaban a desconfiar de él, y en violación a los reglamentos militares no fué designado en el puesto.

Otra estrategia adoptada por Duarte y sus compañeros trinitarios para transmitir y hacer prender sus ideas en la masa popular, fué dedicarse al teatro revolucionario, fundando la Sociedad "La Dramática", cuya principal actividad era el montaje de obras teatrales apropiadamente escogidas para excitar el fervor revolucionario en el pueblo. Mientras existía por un lado, secretamente, La Trinitaria, por el otro lado, públicamente, los mismos que componían La Trinitaria y otros más, formaban La Dramática. Duarte era el tesorero de la agrupación y servía de apuntador en las obras teatrales. Las escenificaciones comenzaron a hacerse en esas particulares que disponían de amplios salones para el público. Luego, uno de los allegados, Manuel

Guerrero, montó un teatro frente a la hoy Plaza Colón; se fijaba un precio de admisión y la mayor parte del dinero recaudado se destinaba para la compra de armas y pertrechos de guerra.

Por otra parte, Duarte permanecía vigilante del acontecer político haitiano; Boyer se había convertido prácticamente en un dictador; su largo régimen crecientemente autocrático empieza a producir convulsiones en 1839, signos que no pasan desapercibidos para Duarte y sus compañeros; las agitaciones políticas contra Boyer estallaron en el seno de las cámaras legislativas haitianas; los congresistas de la oposición criticaban acerbamente la política económica del Poder Ejecutivo y la forma de elección establecida para sustituir a los senadores cuyo período concluía. La postura de los legisladores opositores provocó la reacción airada de Boyer quien destituyó a aquellos funcionarios que se habían atrevido a favorecer los puntos de vista de la oposición, así como excitó a los militares contra los diputados opositores, quienes por razones de seguridad se vieron forzados a abandonar sus curules en el Congreso.

La situación empeoró en 1842, al cumplirse la fecha en que debían ser electos los nuevos diputados para la próxima legislatura; la oposición obtuvo el más resonante triunfo electorero en 24 años de gobierno unipersonal; Boyer consiguió que el Senado expulsara a los diputados opositores electos, quienes constituyeron una sociedad política pro derechos humanos y que perseguía el derrocamiento de Boyer, con mayor auge en el sur de Haití donde la oposición era más definida. Esta Sociedad emitió un manifiesto revolucionario que contenía las quejas de la oposición y las fallas de la constitución haitiana de 1816, que otorgaba demasiados poderes al Presidente de la República, en lo cual se veía la causa de los muy lentos progresos realizados en el país. El manifiesto quería aunar a los ciudadanos para que derribaran el gobierno de Boyer y provocasen así una revisión de la constitución; pregonaba el establecimiento de un gobierno provisional que se compondría de los veteranos del ejército y de la administración; dicho gobierno provisional haría elegir una constituyente que a su vez consagrara los principios de la revolución de la "Reforma", como llama-

ron los haitianos al movimiento insurreccional, y eligiera un presidente definitivo.

Aunque los criollos de la parte oriental fueron generalmente indiferentes a la revolución de la Reforma, porque si bien el régimen de Boyer les era antipático, sus aspiraciones y necesidades eran evidentemente otras, Duarte decide aliarse a la oposición haitiana de la parte Este para debilitar el poder del Gobierno. Los Trinitarios deciden, pues, intervenir en la política haitiana. Matías Ramón Mella es designado para ponerse en contacto con la oposición en Praslín, territorio del Oeste y foco de la insurrección, a fin de coordinar las actividades en ambas partes de la Isla. El 13 de Marzo de 1843 cae el dictador, y se forma una Junta Popular, la cual es presidida por Alcuis Pontieux.

El 5 de Abril, la Junta Popular de Santo Domingo extiende una Orden de Ruta en favor de Duarte encargándolo de formar e instalar Juntas Populares en las comunes que la necesidad lo exija, y dos días después, le otorga carta credencial para su misión, autorizándolo "en nombre del pueblo soberano en virtud de cuyos poderes obra la Junta". La misión de Duarte se destinaba a la región Este. Se sabe que instaló por lo menos las juntas de Bayaguana y del Seibo, lugar éste donde "trató y sondeó" a los hermanos Pedro y Ramón Santana. Esta magnífica coyuntura permitió a Duarte, bajo el pretexto de apoyar a los revolucionarios haitianos, hacer contactos y exponer a hombres claves de esa región sus verdaderos planes de independencia absoluta.

El Gobierno Provisional haitiano convoca la de viejo planeada asamblea constituyente para el 15 de Septiembre. Como apunta el historiador Frank Moya Pons en su obra "La Dominación Haitiana", dicho régimen provisorio, "ordena que se realicen elecciones municipales el día 15 de Junio, con el propósito de elegir definitivamente las autoridades locales, lo cual los liberales dominicanos estaban muy dispuestos a llevar a cabo pues sabían que ellos controlaban la política interna a través de la

organización que habían adquirido con el sistema celular de la Trinitaria".*

Días antes de estas elecciones municipales, Pedro Alejandrino Pina, apoyado por un grupo de nativos y compañeros propuso en osada oratoria fogosa a la Junta Popular, que "instruyera a los diputados que salieran electos a la constituyente para que reclamaran el derecho de los dominicanos de nombrar sus autoridades locales por elección popular y que fueran facultados a redactar sus documentos públicos en idioma castellano", hecho que deterioró las ya tensas relaciones entre los liberales haitianos y los liberales dominicanos. Bajo este clima celebráronse las elecciones, que constituyeron un rotundo triunfo para los trinitarios, tanto en Santo Domingo como en la mayor parte de los pueblos de la parte del Este. El triunfo produjo en varios lugares excesos de exaltación política que traspasaron los límites de la prudencia, produciendo gran temor a las autoridades haitianas, especialmente hacia Duarte y sus compañeros, motivando que el General Charles Herard, jefe de ejecución de la Revolución de la Reforma, quien se encontraba con un numeroso ejército en el Norte de Haití, fuera llamado a trasladarse inmediatamente a la parte del Este para "establecer" la autoridad del Gobierno Provisional. Herard entra por Dajabón y se desplaza hacia el Cibao, donde va arrestando a los líderes separatistas y remitiéndolos a Haití, incluyendo a Matías Ramón Mella, quien según el informe del propio Herard al gobierno Provisional, había sido "enviado de Santo Domingo para concertar los medios de destruir mi ejército". Cuando las tropas de Herard avanzaban hacia Santo Domingo, siendo obvio su propósito de reducir a prisión a los trinitarios, Duarte quiere apresurar el pronunciamiento de la Independencia, pero voces de gente madura más conservadora se oponen y no le queda más remedio a él y a sus compañeros que abandonar la Isla.

Duarte sale precipitadamente para Caracas en compañía de Pérez y Pina; Sánchez tiene que ocultarse, Mella ya había

* Frank Moya Pons, "La Dominación Haitiana", Tercera Edición, Editora Taller, Santo Domingo, 1978.

sido enviado en calidad de detenido hacia Haití.

¡Dramática situación, suficiente para descorazonar a cualquier espíritu perseverante!

Pero Duarte lejos de abatirse, no descansa; desde Caracas empieza a tener contacto con diversas personas, incluso hasta con el Presidente Soublette, para ganar simpatías y recaudar recursos y armas para la causa nacional; mientras sus compañeros en Santo Domingo, a la cabeza de Sánchez, mantienen la lucha, logrando que varios conservadores y afrancesados se les vayan aliando.

En efecto, en los apuntes de Rosa Duarte, se lee esta nota cronológica extraída del archivo de su ilustre hermano:

“Septiembre 10, 1843. En reunión de varios dominicanos y venezolanos con quienes teníamos amistad, tuvimos una reunión en casa de mi tío José Prudencio Díez y determinamos que los señores Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandro Pina partieran a Curazao, de donde podían ellos ponerse en relaciones con nuestros amigos de Santo Domingo, y poner en su conocimiento nuestros planes, y al mismo tiempo pedir informes sobre el estado en que se hallaba nuestra grande empresa.”

El 30 de Noviembre de 1843, Duarte recibe por conducto del ciudadano venezolano Buenaventura Freites, la siguiente carta enviádale por su gran compañero Pedro Alejandro Pina, desde Curazao:

“Muy estimado amigo: por las cartas que el amigo Freites le lleva y que yo y nuestro estimado Pérez tuvimos la satisfacción de abrir validos de la confianza que mutuamente nos hemos dispensado como también de la seguridad que teníamos de que entre ellas venían cartas para nosotros, por estas cartas repito, verá usted lo que ha progresado el partido duartista que recibe vida y movimiento de aquel patriota excelente, el moderado, fiel y valeroso Sánchez, a quien creíamos en la tumba. Ramón Contreras es un nuevo cabeza de partido, también duartista.

El de los afrancesados se ha debilitado... los otros partidarios, unos se han agregado al nuestro y los demás están en la indiferencia; el partido reinante lo espera como general en jefe

para dar principio a ese grande y glorioso movimiento, que ha de dar la felicidad al pueblo dominicano.

Hágase acreedor a la confianza que depositan en usted. Le esperamos por momentos; Pérez y yo conservamos intacto el dinero de nuestro pasaje, favor del señor Castillo; de suerte que puede contar con dos onzas; su familia está desesperada con las amenazas que sufre y con la enfermedad de Don Juan; si este pobre anciano no puede recobrar la salud, démosle al menos el gusto de que vea antes de cerrar sus ojos que hemos coadyuvado de todos modos a darle la salud a la patria; el portador le instruirá de todo verbalmente. Un duartista, Pedro Alejandro Pina.”

El 8 de diciembre recibe Duarte otra carta de su hermano Vicente Celestino y Francisco del Rosario Sánchez, informándole del estado de los trabajos separatista, pidiéndole auxilios militares y proponiéndole desembarcar por la playa de Guayacanes. Duarte decide entonces trasladarse de Caracas a su “nido de águila, a su legendario y estratégico farallón de Curazao,” como lo definiera Alcides García Lluberes, a proseguir sin descanso sus actividades revolucionarias, reuniéndose de nuevo con Pérez y Pina.

Recibe a su llegada el 20 de diciembre un rudo golpe moral: la triste noticia de la muerte de su padre Juan José Duarte, quien había expirado el 25 de noviembre. Mientras tanto, en Santo Domingo están ocurriendo hechos de notable significación para la causa nacional que no dejan dudas de que Juan Pablo Duarte ejerció un liderazgo perfecto en torno de sus amigos y compañeros de ideales. Su pensamiento y poder carismático están presentes en las patrióticas ejecutorias que en su ausencia llevan a cabo los principales trinitarios, quienes evidentemente actúan inspirados por la ascendente figura de su ausente General en Jefe, del caudillo de la revolución.

Su líder es quien muestra el camino y conduce a sus seguidores hasta la meta deseada; si el líder es el individuo más apreciado del grupo y que más atracción ejerce sobre sus compañeros; si el líder no se impone a la fuerza porque su poder reside en su energía moral; si el líder asume la dirección del grupo porque encarna con más intensidad el descontento, las aspiraciones

e ideales de sus compañeros; si en el líder es posible descubrir como móviles un profundo sentido social y un verdadero amor al prójimo, que puede llegar a la abnegación y al sacrificio; si el líder es capaz de controlar sus propias emociones, así como las de su grupo; si el líder es capaz de encarar con serenidad los diversos problemas que se presentan, porque es un hombre ilustrado, posee un nivel de inteligencia por encima del término medio, y un espíritu dúctil para solucionar situaciones, sin prejuicios y pasiones enfermizas, entonces hay que convenir que Juan Pablo Duarte fue un auténtico líder patriótico de la juventud dominicana, por lo menos desde 1832 hasta 1844.

El 16 de Enero de 1844 se lanza un manifiesto secreto que circula por todo el territorio nacional, incitando al pueblo a la separación de Haití. Es el documento que marca la adhesión de la alta clase media a la pujante acción conspirativa, hecho singularmente significativo dentro del proceso de la revolución febrerista. El venerable monumento histórico que constituye la manifestación del 16 de Enero de 1844, documento que fuera aprobado y firmado por duartistas y no duartistas, por jóvenes liberales y maduros conservadores, por partidarios de "la pura y simple" y por proteccionistas afrancesados, es de todos modos un documento respetable que sirvió a cabalidad su elevado propósito.

El 4 de Febrero, Duarte cumple otro sacrificio singular por su patria; castigado por el dolor de la pérdida de su padre, escribe desde Curazao a su familia, recomendándole vender los bienes que constituyen la herencia paterna, para ayudar con su producido a la causa separatista. La familia Duarte - Diez acata la voluntad de su más ilustre miembro.

En una importante reunión encabezada por Francisco del Rosario Sánchez, el Comité Revolucionario de los Separatistas fija la noche del día 27 para consumir el anhelado golpe. Ya en el mes anterior de Enero, habían llegado de Puerto Príncipe dos regimientos, los Nos. 31 y 32, que estaban compuestos en su mayoría por Trinitarios, en remplazo de los regimientos 12 y 28, siendo destacados en "La Fuerza". Por otra parte, el Comandante de la Guarnición destacada en la Puerta del Conde,

Teniente Martín Girón, era de los separatistas y estaba en disposición de entregar la Plaza.

Aunque el acto más importante de la proclamación de la independencia dominicana ocurre en la fecha en que los dominicanos conmemoramos tan fausta efemérides, o sea, el 27 de febrero, hubo realmente lo que la Junta Central Directiva del Monumento a Duarte, en su exposición al Congreso Nacional de 1894, denomina "período de proclamación", cuya fecha de inicio la marca el 26 de Febrero. Esto así, porque los febreristas contaban para el singular golpe con el apoyo del grupo conspirador de El Seibo, encabezado por los hermanos Pedro y Ramón Santana, quienes hicieron el primer levantamiento en la referida ciudad oriental el 26 de Febrero y emprendieron la marcha hacia santo Domingo.*

Al día siguiente, la "villa heroica" de San José de Los Llanos, se adelanta también en el grito de patria libre, al calor de los trabajos revolucionarios llevados a cabo por el hermano mayor de Juan Pablo Duarte, Vicente Celestino, quien había convivido en aquella comunidad. En las primeras horas de la tarde del día 27, un puñado de patriotas, liderados por el comandante de la plaza Juan Ramírez, "dan el grito de independencia en el parque que hoy lleva su nombre..**

En la vieja ciudad de los colones, fueron reuniéndose los complotados alrededor de la once de la noche en la Plaza de la Misericordia, que era un lugar desolado; aunque no llegó el número de revolucionarios que se esperaba, y cuando empieza a reinar la indecisión, el disparo de Matías Ramón Mella, "señal preconcebida por los insurgentes", fue determinante. Mella exclamó: "Comprometida es la situación, juguemos el todo por el todo, marchemos"... Al llegar el grupo al baluarte del Conde

* Vellido Alfau Durán, "Apuntaciones en Torno al 27 de Febrero de 1844", Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación, Editora Taller, Santo Domingo, 1976, págs. 88-89; Frank Moya Pons, "Manual de Historia Dominicana, UCMM, 1977, pág. 278 y "La Dominación Haitiana" (1822-1844) UCMM, 1978, pág. 164.

** Eligio Mella Jiménez, "El cañón de Sandoval", Boletín del Instituto Duarteño, No. 18, Agosto 1983, pág. 44.

de Peñalva, tal como estaba previsto, los 25 hombres que junto al Teniente Girón lo custodiaban, se unieron a la Revolución. Sánchez arenga vibrantemente a la ya heterogénea multitud allí conglomerada, pues al grupo capitaneado por Mella se sumó otro grupo encabezado por Don Tomás Bobadilla. Incluso había algunos extranjeros amigos de la causa. "La efectiva idea de independencia, dice Alcides García Lluberes, nació en nuestro país el 16 de Julio de 1838. Este es indubitadamente el día de su natalicio... El 27 de Febrero tuvo como consecuencia signos evidentes de adulteración de esa idea, pues si bien logró atraer para aquella convocatoria de guerra a los trinitarios o duartistas, la flor y nata de la conspiración, y (afortunadamente) los que estaban en mayor número, también congregó a los conservadores, entre los cuales predominaban los afrancesados". Sánchez proclama la República, quedando constituida una junta provisoria encabezada por Mella, "la que en la misma mañana del día 28 se convertiría en Junta Central Gubernativa, órgano que dirigiría los negocios públicos hasta que se estableciese constitucionalmente el nuevo Estado."

La Guardia Nacional de la ciudad estaba presta a entrar en acción, pero no fué necesario porque "La Fuerza" estaba controlada por los Regimientos 31 y 32, allí destacados. El Gobernador haitiano Desgrotte capitula, y abandona a Santo Domingo por la vía marítima.

Tanto se proclamó la República, la voluntad popular aclamada por Duarte como Caudillo de la Patria, pidiendo se mandara a buscarle a Curazao para que viniera "a dirigir su obra de más cerca." Esta ausencia física de Duarte produjo en los difíciles instantes de los albores de la República, una orfandad de liderazgo supremo que fué factor determinante de que días después la Junta Central Gubernativa fuera encabezada por la discutida figura política del intelectual conservador, de ideas proteccionistas, Tomás Bobadilla y Briones. El 2 de Marzo, la Junta Central Gubernativa dirige una carta "a nuestros compatriotas Duarte, Pina y Pérez, ordenando que el trinitario Juan Nepomuceno Ravelo llevara personalmente la comisión de ir en su busca. "Salieron de Curazao- cuenta Rosa Duarte en sus Apun-

tes- con el armamento y los pertrechos que pudieron conseguir. Llegaron a Santo Domingo el día 14 (de Marzo) a las doce de la noche... Los vecinos se levantaron iluminando sus casas, adornando con banderas las ventanas; a esa hora se veían aparecer por todas partes luces, y como por encanto se iluminaba la ciudad; de todas partes corrían a felicitar a la familia, que estaba llena de ansiedad... Tomás de la Concha les dijo que hasta por la mañana no desembarcarían; el Coronel Sánchez, Vicente y otros estaban con ellos, con una orden de la Junta de aguardar a bordo... A las siete de la mañana, una comisión de la Junta Central bajó al muelle a recibirlo... iban las tropas, los empleados, el Arzobispo y los sacerdotes, el pueblo en masa vitoreando al benemérito que había llevado a cabo su magna obra. Al poner pié en tierra, el cañón de la fortaleza lo saludaba con los tiros de ordenanza... y el señor Arzobispo”, Tomás de Portes e Infante, lo abrazó, saludándolo con marmóreas palabras que constituían la investidura más egregia que puede otorgársele al ciudadano de una nación: “¡Salve, Padre de la Patria!”

Duarte muere el 15 de Julio de 1876, en Caracas, aquejado de tisis pulmonar, después de haber hecho vida cultural, entre 1848 y 1860, en el Estado de Apure, de Venezuela, formando parte de la sociedad cultural “Joven Achaguas”, constituída por 33 miembros, etapa de su vida en la que volvió a cultivar el género de la poesía y por amor a su patria se abstuvo de abrazar la profesión religiosa. Bajo la almohada de su lecho de muerte, aparece la memorable carta que el joven General Ignacio María González, a la sazón Presidente de la República Dominicana, le dirigiera con fecha 19 de Febrero de 1875, y en cuyo texto figuran frases como éstas: “...la República que concibió y creó el patriotismo de Usted”... “vuelva a la patria, al seno de las numerosas afecciones que tiene en ella, a prestarle el contingente de sus importantes conocimientos, y el sello honroso de su presencia”... “Espero confiado que usted realizará mis deseos, que son, me atrevo a asegurarlos, los de todos los buenos dominicanos”. Sin embargo, cuarenta años más tarde, en 1916, don Federico García Godoy escribía sobre Duarte con hondo pesar: “En ningún rincón de la tierra nativa se alza todavía, como elocuente y

objetiva enseñanza de permanente alteza moral, el bronce o el mármol esculpido por el arte que sea perdurable símbolo de su gloria edificante y magnífica". Pero había una honrosa excepción que escapaba al ilustre escritor. En 1911, la provincia de San Pedro de Macorís erigía un bello monumento en honor a Duarte y a sus preclaros compañeros Sánchez y Mella, en su parroquial Parque Salvador. Constituía, pues, este monumento, la primera manifestación nacional, esculpida en bronce, de la gratitud dominicana hacia los venerables padres de la Patria. ¡Notable gesto de legítimo orgullo histórico para San Pedro de Macorís!

BIBLIOGRAFIA

- 1.- Alfau Durán, Vetilio, "Ideario de Duarte", Santo Domingo.
- 2.- García Lluberes, Alcides, "El Testamento Político de Duarte y los Orígenes de Nuestra Efectiva Idea Nacional de Independencia", UASD, 1976.
- 3.- García Lluberes, Alcides, "Duarte y otros temas," Publicaciones de la Academia Dominicana de la Historia, 1971.
- 4.- Garrido, Víctor, "Espigas Históricas", Sto. Dgo., 1972.
- 5.- Instituto Duartiano, "Apuntes de Rosa Duarte", Sto. Dgo., 1970.
- 6.- Jiménez Grullón, Juan Isidro, "Sociología Política Dominicana", Volúmen I, (1844-1898), 1974.
- 7.- Julia, Julio Jaime, "Antología de la Prosa Duartista", 1976.
- 8.- Lavagnini, Aldo, "Manual del Aprediz Masónico", 8va. Edición, Editorial Kier, Buenos Aires, 1973.
- 9.- Martínez, Rufino, "Diccionario Biográfico-Histórico Dominicano, (1821-1930), UASD, 1971.
- 10.- Moya Pons, Frank, "La Dominación Haitiana" (1822-1844), UCMM, 1978.
- 11.- Moya Pons, Frank, "Manual de Historia Dominicana", UCMM, 1977.

- 12.- Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación, "Ensayos sobre el 27 de Febrero," Sto. Dgo., 1976.
- 13.- Price Mars, Jean, "La República de Haití y la República Dominicana", (3 tomos), Puerto Príncipe, 1953.
- 14.- Rodríguez Demorizi, "Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres", Sto. Dgo., 1971.
- 15.- Tena Reyes, Jorge, "Duarte en la Historiografía Dominicana," Publicación de la Secretaría Estado de Educación, Bellas artes y Cultos, 1976.
- 16.- Troncoso Sánchez, Pedro, "Evolución de la Idea Nacional", Publicaciones del Museo del Hombre Dominicano, 1970,
- 17.- Troncoso Sánchez, Pedro, "La Faceta Dinámica de Duarte", 1967.
- 18.- Vergés Vidal, Pedro L., "Duarte", Sto. Dgo., 1972.
- 19.- Mella Jiménez, Eligio, "El Cañón de de Sandoval", Boletín del Instituto Duarteano, No.18, Agosto, 1983.
- 20.- Pérez, Carlos Federico, "Un Hallazgo Duarteano Orientador", Boletín del Instituto Duarteano, No. 18, Agosto 1983.

JUAN PABLO DUARTE Y DIEZ

Por Dr. Víctor Manuel Soñé Uribe

(Del Instituto Duartiano)

A la Juventud Dominicana,
siempre esperanza de una
Patria.mejor.

“Lo que de lo divino viene
hacia lo divino va”
(Dr. Soñé Uribe)

En 1913 con el genio de la libertad naciste
y como Cristo fuiste crucificado
en un Gólgota humano de dolor muy triste
por la maldad de los hombres equivocados.

Oh! Duarte immaculado, Atalaya de valor
por los caminos de la vida atormentados
te siguieron tus discípulos obedientes
por las galaxias de estrellas que tú hiciste
con tu genio de gran Libertador.

“Héroe más puro de América” te proclamaron
y tu extraordinaria misión inconclusa

el misterio de la selva venezolana contemplé
y en el silencio de la Naturaleza tus ideas volaron
como aves del Pensamiento en cielos de América
llevando por toda la Tierra tu mensaje de amor
y en 1876 tu pobreza Caracas la lloró conmigo con dolor.

Espíritu inmenso, exquisito y terso
en ti se puede estudiar la gama de la grandeza humana
fuiste polifacético, pluridimensional, vertical
rico tu espíritu en Bondad inmerso
con facetas de Desprendimiento colosal
¡Qué no ha nacido todavía en América otro igual!

¡Oh Juan Pablo Duarte genial!

Tu cultura fué trascendental
y estudiaste la carrera militar
para ser un Comandante excepcional
ofreciendo todo a tu Patria inmortal
en sacrificio material y espiritual.

En tus discípulos la Libertad enseñaste
y todos patrióticos y valiente como Héroes
te siguieron con pasos firmes, insignes
para llegar a la Eternidad
hasta Dios...infinito Poeta de la Verdad!
Padre divino como todos los creadores del Mundo
Maestro sublime que diste la luz para borrar tinieblas
Soñador del Cosmo, Pensador profundo
tu sangre sacrosanta de Libertador mirífico
fecundó como un Dios la tierra con tu muerte
que no fué más que un cambio cósmico silente
para que en lo íntimo de la Naturaleza
el misterio de Nacimiento, Vida y Muerte
se cumpliera en su eterna génesis la Materia!.

Padre honesto, Sembrador supremo, Maestro excelso
Óptimo varón de materia y espíritu infinito
Sol prepotente que ilumina todos los hogares dominicanos
Mentor de todos los de la Orden que fueron tus hermanos
amando a Dios, el Gran Arquitecto del Universo,
Único guía de la juventud de todos los tiempos tristes
singular Paradigma a seguir en nuestra Historia como ejemplo
Gran Señor de Bondades eternas, Patricio inefable
Oh Duarte! Fuiste humano, esotéricamente grande!

Maestro incomparable: desde tu misterioso existir
derrama el oro de tu luz en las almas de nuestra juventud
y que tu aura maravillosa siga emanando radiaciones bienhechoras
como en las dominicanas luchas por la Libertad redentora
en todos los ámbitos de la Patria amada
que tú forjaste con tu genio de Gran Conductor
escanciando a sorbos la cicuta del Redentor.

Tú que creaste senderos de estrellas
en los corazones humanos de esta Tierra,
Tú que fuiste Padre de la Patria abandonada
cuando todos inertes lloraban,
Tú que iluminaste de milagros las humanas huellas
Tú que supiste dialogar con los ángeles y las estrellas
Tú que las almas de tus discípulos de luceros supiste sembrar
Gran Adalid que proyectabas en tus humanos actos mensajes de
la Verdad

Renace como el Ave Fénix en la Esperanza inmensa
de esta tu Tierra que te vió nacer para no volver
Tú que fuiste el Titán contra la ultrajada Libertad
y que florezca un bello amanecer
en tu Patria forjada con el dolor
de tus gigantes Próceres ébrios de valor
que llevaban chispas de Dios en sus entrañas
para resucitar a la Epopeya muerta
en los campos de Marte de tu Patria incierta.

Oh Duarte, Paladín inmortal! Pastor angelical!
Procer más grande de nuestra Historia Nacional
Gran caudillo de la juventud revolucionaria de tu Epoca
grandioso fundador de la República Dominicana
figura sagrada, dominicana, astral, humana
Epónimo Libertador de mi Tierra adorada
por ti a Dios implorar quisiera
que siempre en tu tumba bendecida
florezca el miosotis eterno de la Vida!

MES DUARTIANO DE LAS BELLAS ARTES

Por: Manuel Marino Miniño Marion-Landais

Siendo el que suscribe Director General de Bellas Artes, auspició y organizó el "Mes Duartiano De las Bellas Artes" entre las fechas comprendidas del 26 de enero y el 27 de febrero de 1984.

En la programación se consideró que el evento más importante sería la reposición de la obra de Vittorio Alfieri, "Roma Libre" obra presentada por la Sociedad Dramática dirigida por Juan Pablo Duarte para crear conciencia libertaria en el pueblo y así ayudará y prestará su colaboración a los fines de la Trinitaria. La obra se presentó los días 26, 27, 28 y 29 de enero.

Como Roma Libre es una obra de un autor romántico pero basado en un hecho histórico cuando la Roma de los Tarquinos, consideró, que para que el público tuviera más conciencia del por qué de dicha presentación y el por qué Duarte la escogiera, escribí un Prólogo a Roma Libre, el cual se publica a continuación.

PROLOGO A ROMA LIBRE
Por: Manuel Marino Miniño M-L
Escena única

Habitación interior de la casa de Chepita Pérez, madre de Juan Isidro Pérez, frente a la Plazoleta del Carmen.

La habitación está casi a oscuras. En torno a una mesa iluminada por una vela están: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, José María Serra, Félix María Ruiz, Juan Nepomuceno Ravelo, Benito González, Jacinto de la Concha y Felipe Alfau. Sobre la mesa un crucifijo y una Biblia

La escena se inicia cuando Juan Isidro Pérez lee el juramento de los Trinitarios, levantando la mano derecha y leyendo un pliego de papel.

“En el nombre de la Santísima Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente: Juro y Prometo, por mi honor y mi conciencia en manos de nuestro Presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del Gobierno Haitiano, y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules atravezados por una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales de Dios, Patria y Libertad.

Así lo prometo ante Dios y el mundo, si tal hago, Dios me proteja, y de no, me lo tome en cuenta; y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo”. (Baja la mano y deposita el pliego en la mesa).

Luego Duarte, tomó de adentro de su chaqueta un relicario, y con la punta que le servía de broche se lo clavó hasta sangrar en el pulgar izquierdo.

Tomo una pluma de ave, la mojó en la sangre y con ella al pie del juramento estampó una cruz y su firma, imitándole todos los demas.

Al finalizar dijo Duarte.

—Duarte- No es la cruz el signo del padecimiento; es el

símbolo de la redención; queda bajo su égida constituída la TRINITARIA y cada uno de sus nueve socios están obligados a reconstruirla, mientras existe uno, hasta cumplir el voto que hacemos de redimir la patria del poder de los haitianos.

—José María Serra— Juan Pablo, tu idea de que cada uno formemos un núcleo inicial de un triángulo que se multiplica indefinidamente, es magnífico; pero nuestro carácter secreto y el desconocimiento que tendremos durante un tiempo de los componentes de la sociedad, hará muy lenta la labor de inculcar las ideas de libertad en todas las clases del pueblo.

—Juan Isidro Pérez— Juan Pablo, agregando a lo que dice Serra, que a nosotros nos consideran jóvenes irreflexivos. Sólo tenemos el apoyo moral de muy pocos adultos.

—PedrosAlejandrino Pina— Adultos que nos apoyarán decididamente sólo si triunfamos.

No tenemos una voz que sacuda las dormidas conciencias de ciertas personas de mucha valía social.

—Felipe Alfau— El odio al opresor haitiano se siente principalmente en los muy pobres o en los pequeños comerciantes. El temor les impide manifestarlo de palabras y acciones. Tenemos que motivarlos, provocar acciones que despierten ese dormido patriotismo.

—Duarte— Aunque todos a uno somos todavía “Una voz que clama en el desierto” tengo plena fé en ustedes y en la Trinitaria.

El problema que han planteado, me lo he planteado yo mismo y creo que tengo la solución.

—Juan Nepomuceno Ravelo—¿Cuál es Juan Pablo?

—Duarte— Los recursos del arte. (Expresión consternada en todos, pues no esperaban esto y además ni saben ni se imaginan remotamente cual sería la solución mediante el arte).

—Duarte— No se conturben ni demuden vuestros rostros. Si. Mediante el arte. Paralelo a la Trinitaria fundaremos una sociedad pública a la que llamaremos “Sociedad Dramática”. Mediante ella daremos charlas, conferencias, disertaciones, noches líricas con canto e instrumentos. Casi todos nosotros mal que bien cantamos. Yo toco la guitarra y la flauta; los hermanos

Puello y el hijo de Narcizo Sánchez, Francisco del Rosario, tocan el violín; nuestras hermanas, primas y amigos que están con nuestros ideales colaborarán con nosotros, tocando unos y cantando otros.

Por otra parte el recurso valiosísimo del teatro. Mi experiencia de aficionado que adquirí durante mi estancia en Europa, en los teatros de Barcelona y de otras ciudades. Los textos de innumerables obras dramáticas las traje de España.

Además como logré asistir a ensayos de muchas obras, adquirí conocimientos de dicción, respiración movimiento escénico, así como las más modernas técnicas de iluminación y construcción de decorados. Todo esto lo pondré al servicio de la Sociedad Dramática.

—Juan Isidro Pérez—¿Y cuáles obras presentaremos?

—Duarte— Poco antes de embarcarme para Santo Domingo, presencié y compré los textos de tres obras con un grande mensaje de libertad que el pueblo podrá entender. Estos con La Viuda de Padilla de Francisco Martínez de la Rosa; Un día de Cadiz de 1823 de Eugenio de Ochoa.

—Tomás de La Concha (interrumpiendo) Juan Pablo, estos fueron las que nos leiste a mí y a Rosa, creo que son obras muy modernas y podrían traer sospechas.

—Duarte— Razón tienes Tomás. Debemos ir con tiempo y despacio. Debemos refugiarnos en la seguridad que nos ofrecen los clásicos ó por lo menos los temas de la Grecias y Roma heroicas.

Por otra parte estas obras que antes mencioné, tienen muchos personajes femeninos y todavía nuestra sociedad no ve con buenos ojos a nuestras señoritas actuando en escena.

—Félix María Ruiz— ¿y porqué no solicitamos la ayuda de la actriz italiana Cecilia Baranis que está pasando un tiempo en la ciudad?

—Duarte— En la primera obra no podemos, pues no sabemos cual va a ser la reacción de las autoridades haitianas y tampoco sabemos si ella se querrá comprometer con nosotros.

—Benito González—¿y entonces?

—Duarte— Iniciaremos nuestras presentaciones con una

obra en la que los actores sólo serán hombres.

Esta obra la presencié en Barcelona y es de un joven autor italiano llamado Vittorio Alfieri 'Roma Libre' que se desarrolla en la época de los Tarquinos.

La antigüedad y venerabilidad del tema, alejan toda sospecha, así es que propongo Roma Libre.

—Juan Isidro Pérez— Vamos con Roma Libre.

Todos —Si Roma Libre.

Se apaga la luz.

DOS COMPOSICIONES MUSICALES CON TEXTOS DE JUAN PABLO DUARTE.

Por: Manuel Marino Miniño Marion-Landais.

Las composiciones musicales premiadas en el concurso convocado por el Instituto Duartiano y la Dirección General de Bellas Artes durante el año de 1983 y dado a conocer sus resultados mediante acta notarial en enero de 1984 (No.), son obras que merecen un análisis y estudio desde el punto de vista musical, ya que ambas revisten un especial interés porque enriquecen la literatura musical con obras vocales sobre las poesías escritas por el fundador de nuestra nacionalidad.

La Criolla "Desconsuelo" compuesta por Julio Alberto Hernández y ganadora del segundo premio, es una obra formal, con una delicada y hermosa línea melódica que es el resultado de un exquisito desarrollo del tema el cual es expuesto después de una breve introducción de cinco compases en el tono de re menor el cual cambia al modo mayor tan plácidamente como se inició. Es tratamiento del texto es de una lánguida tristeza tal y como lo indica su título, y aún en la sección en el modo mayor sigue conservando el mismo carácter ya que su autor recorre con discreción varias tonalidades vecinas sin que por ello modulara, que le conservan esa languidez y tristeza.

El tratamiento de la melodía se presta a que esta obra sea interpretada a dúo o en arreglo a coro mixto, lo cual sería ideal para su enseñanza en los centros escolares.

El Romanence compuesto por el Hno. Alfredo Morales y ganador del primer premio, está concebido dentro de la forma Lied, que podríamos traducir "Canción culta de cámara."

La línea melódica es sumamente sencilla y hermosa, contrastando con el acompañamiento el cual es eminentemente pianístico muy poco susceptible de arreglos o transcripciones orquestales. En su primera sección en fa menor, la melodía es perfectamente cuaternaria con el acompañamiento a base de tresillos. La segunda sección oscila armónicamente entre el IV y el V grados de la tonalidad original, con dramático fragmento basado en el acorde alterado del II grado, que es enarmónico del V alterado del V o acorde de Séptima de Dominante de la tonalidad inicial. Esta obra está concebida para una voz solista, tanto sea femenina como masculina, que sea cálida, que exprese la belleza contenida en el Romance.

"Desconsuelo"

Criolla una o dos voces y piano "Criollo"

mf

Pasaron los

di a
fa ron

de paz y mis
leal tad y pu re ra

de a mur y espe ran
ya le vel tra do res

de fi na le al
ma ron de in

tad
fiel

pa-sa-ron las glo-rias
y en vano al im-pul-so

la que la y pri-mor
de tanta mal-dad

que da-ron re
en vano ha-cla-

cu-er-dos que da-ron re-cuer-do de a-mar-go sa-bor
ma-do pi-di-en-do equi-

2.
sus obras de-
dad

mas tu noche tris-te
que es cu-chu-sa

cento que sabe de su alma el crudo tor

mento ocul ta real mundo su acerbo pe

nar no le digas a nadie has vis - to llo-

nar no le digas a

(poco rit)
na - die has vis to llo - rar

Adagio

ROMANCE

Letra: Juan P. Duarte

Introd. p.

E...ta la ve...sta som.brú...a

y si...en.cio...say de...cal.ma: e...ra una no.che de o...
nek.

pru.bio pa...ra la gen.te de O...ga.ma.

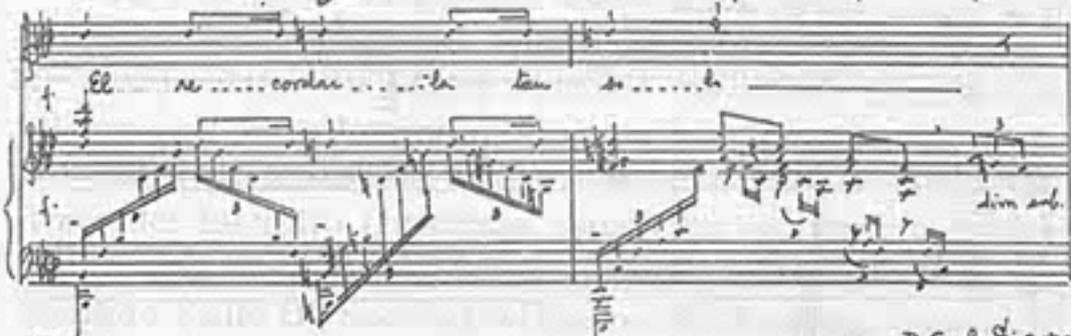
No ca de mes - que a que - ven to
mes - sempre (apassionato)



pa - ra - la la tra a .. de .. re de



El re corda la ten so la



el co ... ra ... gin a ... pe ... ra ra .
tranquill

DC al $\frac{9}{8}$ a ren



Sf *ritual*

Yo re... cogí la a... con... tra

pp

pp

pp que por el ai... se va... ga... tan

pp quasi recitativo e a piacere

fine

fine

fine

INSTITUTO DUARTIANO

NOTA INFORMATIVA

La Oficina de Patrimonio Cultural ha suscrito un acuerdo con el Instituto Duartiano, por medio del cual el Departamento de Restauración de Bienes Muebles, restaurará el patrimonio pictórico de dicho Instituto.

En representación del Dr. Antonio Frías Galvez, Presidente del Instituto Duartiano, estuvieron presentes el profesor Manuel Marino Miniño, Primer Vice-Presidente y el Sr. José Eduardo Fiallo H., Secretario-Director del Instituto Duartiano.

Por la Oficina de Patrimonio Cultural estuvo el arquitecto Glauco Castellano, Encargados del Departamento que tendrá a su cargo la restauración.

EL INSTITUTO DUARTIANO es un organismo de carácter oficial creado por el Decreto No. 1982 del 7 de diciembre de 1967.

Su sede es la Casa Natal de Juan Pablo Duarte y local anexo, marcada con los números 306 y 308 de la calle Isabel La Católica, en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana.

Teléfono: 689-0326.

Componen la Junta Directiva del Instituto Duarteano:

Dr. Antonio Frías Gálvez, Presidente
Lic. Pedro Troncoso Sánchez, Presidente de Honor
Prof. Ml. Marino Miniño, Primer Vicepresidente
Dr. Mariano Lebrón Saviñón, Segundo Vicepresidente
Dr. Víctor Manuel Soñé Uribe, Tesorero
Lic. Manuel Ramón Ruíz Tejada, Vocal
Dr. Pedro R. Vásquez, Vocal
Dr. Virgilio Hoepelman, Vocal
Sr. Manuel García Arévalo, Vocal
Dr. Alfredo Mere Márquez, Gobernador de la Casa de Duarte.
Sr. José Eduardo Fiallo, Director del Museo de la Casa de Duarte y Secretario del Instituto Duarteano.

